
Crisis política y la constitución de los sujetos colectivos en el contexto del populismo latinoamericano *

*Mario Adolfo Forero Rodríguez***

*Ivonne Andrea Ramos Hernández****

*Felipe Andrés Jara*****

“Senatores omnes boni viri, senatus romanus mala bestia”.

(Proverbio romano)

Resumen

El populismo constituye uno de los fenómenos más relevantes en los sistemas políticos latinoamericanos, no solo por sus líderes sino por el conjunto de reformas institucionales que se llevan a cabo. En este artículo se exploran los diversos enfoques existentes alrededor de la problemática sobre el populismo, así como el contenido de los componentes que lo definen. Su objeto es delinear un conjunto de variables que lo integran, así como el marco teórico de la investigación sobre los efectos del populismo en el proceso de integración de

* Este artículo es producto del avance de la Fase I de la investigación «Incidencia del neopopulismo en la integración regional de la CAN», aprobada en la IV Convocatoria Interna de Dirección de Investigaciones de la UTL.

** Abogado, filósofo y magister en Planificación y Administración de Desarrollo Regional. Profesor asociado de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Investigador principal del proyecto «Incidencia del neopopulismo en la integración regional de la CAN». mario.forero@utadeo.edu.co. Archivos%20temporales%20de%20Internet/Content.Outlook/8NW2PRQ6/mario.forero@utadeo.edu.co

*** Profesional en Relaciones Internacionales e investigadora asociada a las líneas de investigación del Programa de Relaciones Internacionales de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.

**** Profesional en Relaciones Internacionales.

la región latinoamericana. Por lo cual se estudian sucesivamente los conceptos de crisis, movimientos populares, constitución de liderazgo autoritario, su carácter integrador y el papel que cumple en ello el discurso político. Ello a fin de precisar con gran detenimiento el concepto de populismo.

Palabras clave: crisis, movimientos políticos, liderazgo, autoritarismo, integración, identidad colectiva, discurso.

Abstract

The populism constitutes one of the most relevant phenomena in the Latin-American political systems, not only for its leaders but for the set of institutional reforms that are carried out. In this article, diverse existing approaches around the problematic of populism are explored, as well as the content of the components that define it, in order to set a group of its components, to use them as a research theoretical framework about the effects of the Populism in the regional Latin American integration process, using the concepts of crisis, popular movements, constitution of authoritarian leaderships, its integration side and the role played by the political speech in all this. All this is addressed to get a complete conception of the concept of populism.

Keywords: crisis, political movements, leadership, authoritarianism, regional integration, popular identity, and speech.

* * *

El estudio del populismo se convirtió en un tópico obligado en el marco de las investigaciones sociopolíticas de América Latina, por cuanto se constituye en una experiencia política que se ha vuelto común en la mayor parte de los países de la región. De aquí la enorme producción bibliográfica tanto a nivel global como en análisis de caso, lo que ha llevado al interior de las corrientes teóricas a comprobar el carácter problemático tanto su definición teórica conceptual como su postura epistemológica, a tal punto que se convirtió en un lugar común de la literatura especializada, reconocer las dificultades que existen alrededor de su determinación como categoría de análisis de fenómenos políticos, como de alguna manera también lo constatan María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone, al decir: “Es casi un lugar común en la literatura acerca del populismo comenzar señalando la vaguedad e imprecisión del término” (Mackinnon y Petrone, 1999: 11).¹

El asunto se hace más complejo en la actualidad, cuando se esbozan nociones y enfoques teóricos que tratan de analizar los fenómenos de masas de la región, construyendo categorías como neopopulismo o políticas nacional populares e inclusive más bizarras

1 No sólo ellos manifiestan esta dificultad de la categoría, sino cualquier otro libro que realiza un acercamiento al problema, Ver, por ejemplo, Ernesto Laclau, *Razón populista*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 15.

como las de populitos o populazos. Lo cierto es que el universo conceptual con el que se relacionan los fenómenos calificados de populistas es amplio y diverso lo cual dificulta la investigación que se proponga en algún tema conexo con su problemática.

En este artículo se exploran los diversos enfoques existentes alrededor de la problemática sobre el populismo, así como el contenido de los componentes que lo definen, a fin de delinear un conjunto de variables que lo integran, que sirvan de marco teórico de la investigación sobre los efectos del populismo en el proceso de integración de la región latinoamericana. En este orden de ideas, la pretensión del artículo no va más allá de explorar las diferentes propuestas teóricas, para determinar más o menos los consensos existentes en cuanto a sus componentes y explorarlos. En este sentido, es establecer mayores precisiones sobre ellos, para construir la lógica que desde el punto de vista teórico subyace a los procesos populistas y que conduzca a establecer las hipótesis más aproximadas al entendimiento del fenómeno. De esta forma, en un primer lugar, se esbozará una síntesis del desarrollo histórico del estudio e investigación del problema, para luego fijar y precisar sus componentes; finalmente, se dilucidarán sus resultados.

1. Una aproximación al análisis histórico del concepto

En una primera aproximación es de denotar el carácter polisémico del concepto “Populismo”, que tiene sus raíces tanto en la apropiación como en la denominación de dicho término hacia movimientos sociopolíticos en el mundo, especialmente en Rusia, EE.UU. y América Latina, que a pesar de sus divergencias estructurales, han sido definidos como populistas debido a poseer ciertos rasgos comunes, entre ellos tenemos: su génesis en el sector agrario y el propósito de reivindicar sus intereses con respecto a las clases privilegiadas.

En Rusia, por ejemplo, fueron denominados populistas los intelectuales rusos (*Intelligentsia*) de 1870 cuya doctrina socialista exhortaba a la cooperación del sector agrario a través de formas tradicionales de asociación como la *comunidad agraria* y el *artel* (asociación de artesanos) (Mackinnon, 1998: 15). EE.UU., como segundo referente histórico, es el escenario donde se aplicaría el término tras la movilización de un conglomerado de granjeros a finales del s. XIX contra los monopolios del este del Estado (Mackinnon, 1998: 17). Los casos ruso y estadounidense son las primeras impresiones del populismo como fenómeno político, donde se resalta una movilización de masas acompañada de una ideología anti-elitista representada en la iniciativa campesina para “actuar” en contra de los grupos de poder.

Si bien los antecedentes populistas se originan en Rusia y EE.UU., la construcción conceptual ha tomado mayor envergadura en su denominación para los casos de América Latina. Se explica esto, si se tiene en cuenta, que los teóricos clásicos encontraron en los populismos latinoamericanos matices esencialmente diferentes a los originarios de los países desarrollados, distinguiendo una mayor propensión a la formación y prolongación de gobiernos populistas en comparación con los eventos del *Narodnichestvo* y los granjeros

estadounidenses del este que no prosperaron como movimientos en sus respectivos territorios. Por ello para aproximarnos en una mejor forma a la construcción conceptual del populismo, más aún en el caso latinoamericano, nos apoyaremos en una pertinente clasificación que hacen Mackinnon y Petrone,² a partir de los enfoques asumidos para el análisis del populismo, que son: 1) Funcionalismo, 2) Estructuralismo, 3) Coyuntural; y, 4) Cultural.

Los autores pioneros conceptualizaron desde un enfoque funcionalista la explicación al fenómeno político populista que, en cuanto propio de los países subdesarrollados, constituía una respuesta al proceso de desarrollo social asincrónico, en donde para comprender la conducta política de las clases populares fue preciso referirse a su posición de desventaja técnica y geográfica frente a las de las élites, disponiendo de la movilización social como mecanismo para intervenir en la vida política debido al fracaso de la integración social y política tradicional. Como exponentes de la teoría funcionalista propuesta durante las décadas de 1960 y 1970 se encuentran Gino Germani³ y Torcuato di Tella.⁴

Tras el aporte académico de Germani y Di Tella, observamos cómo el concepto de Populismo ha presentado evolución, pues no se remite únicamente a señalar la existencia de un nuevo fenómeno de movilización política, como ocurrió en el siglo XIX para el caso ruso o estadounidense, sino que a partir de la reflexión de dicho fenómeno desde América Latina, empieza a alimentarse una propuesta sobre la razón de ser de las movilizaciones sociales que experimentan los países de la región que se interpreta como consecuencia de la transición de una sociedad tradicional a una moderna. Así surgen nuevos elementos dentro de la conceptualización, para explicar las movilizaciones populares teniendo en cuenta la condición espacio-temporal de donde ellas se originan, representada particularmente en sociedades asincrónicas. También se denota, la participación de varios actores, que se configuran como policlasistas y no una clase social en contraposición con otra; el surgimiento de líderes para orientar las masas disponibles; y una motivación ideológica explícita denominada revolución de las aspiraciones.

Dentro del análisis estructuralista, el énfasis destaca las condiciones históricas que dan lugar a los populismos, siendo la intervención del Estado en la estructura de clases y las relaciones derivadas de los procesos de producción elementos clave para dar explicación al fenómeno. En este análisis tenemos autores de la talla de Fernando Cardoso y Enzo Faletto,⁵ Octavio Ianni⁶ y Carlos Vilas.⁷

2 M. Mackinnon y M. Petrone, *Populismo y Neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicenta*, Argentina, Eudeba, reimp., 1999, pp. 21-25.

3 G. Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962.

4 T. di Tella, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, México, Serie Popular Era, 1977 (1ª ed.: 1973).

5 F. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*, México, Siglo XXI, 1969.

6 O. Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, México, Era, 1977. (Publicado originariamente en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, N° 67, México, enero-marzo de 1972).

7 C. Vilas, «El populismo latinoamericano: un enfoque estructural», en *Desarrollo Económico*, vol. 28, N° 111, octubre-diciembre, 1988.

Cardoso y Faletto, que proponen el concepto de “populismo desarrollista”, lo han situado entre 1930 y extendido hasta la década de 1960, para determinarlo como establecimiento de alianzas de poder. Mackinnon, al respecto, describe la noción desarrollista como un proceso en donde “la presencia y participación creciente de las clases medias urbanas y de las burguesías industriales y comerciales en el sistema de dominación se expresan en las políticas de consolidación del mercado interno y de industrialización, que consisten, sobre todo, en una política de acuerdos entre sectores muy diversos” (Mackinnon, 1998: 22).

Ianni atribuirá el surgimiento de expresiones populistas al período de crisis del Estado oligárquico, cuya estructura de clases se ve alterada por las relaciones derivadas de los recientes procesos de producción capitalistas. Así, el autor concibe los casos de América latina como experiencias populistas con configuraciones históricas similares, donde la lucha política de las clases sociales urbanas e industriales se manifiestan en contra de la oligarquía y de las expresiones imperialistas, que ante el colapso del Estado oligárquico (asumido como una estructura de poder paternalista) dan lugar a un movimiento de masas como elemento político dinámico y creador.

En un enfoque más coyuntural, autores como Adelman, James (1988), Matsushita (1987), Tamarin (1985) y French, condicionan la aparición y desarrollo de populismos en América Latina a “las oportunidades y restricciones que rodean a distintas clases o sectores sociales, en particular trabajadores, en determinadas coyunturas históricas y cuestionan las explicaciones que remiten los orígenes del populismo al pasado pre populista de América Latina” (Mackinnon, 1998: 22). Para James (1988) los actores dentro del populismo, no lo son por causa de una serie de eventos históricos específicos cuyo resultado fue su vinculación directa con los procesos de movilización social, sino que por el contrario se propusieron ser gestores y partícipes de la movilización

John French (1989) tipifica las relaciones de clase en términos de alianzas y no de luchas: “la relación entre trabajadores y populistas debe ser conceptualizada en términos de ‘alianza’, concepto dinámico que reconoce que cada parte tiene un rol que jugar, por más desigual que sea, en la definición de los términos del acuerdo. French sostiene que si se juzga al populismo a la luz de una interpretación unilateral o exclusiva del conflicto de clase, no se comprenderá la política en tiempos electorales ni por qué las luchas entre las clases sociales sólo pueden desplegarse a través de una compleja red de alianzas vinculada” (Mackinnon, 1998: 22).

Además tenemos los autores cuyo análisis para determinar la existencia de populismos se basa en el ámbito cultural, especialmente en el discurso ideológico como mecanismo para articular sectores sociales. Aquellos autores que han desarrollado dicha tesis son Ernesto Laclau,⁸ Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero.⁹

8 E. Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Siglo XXI, 1986.

9 E. Ipola y J. Portantiero, «Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes», en Carlos Vilas (comp.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.

Laclau señala la capacidad del uso del discurso ideológico para homogeneizar intereses de clases en controversia y canalizarlos en contra de una clase particular, generalmente la antagónica. Por su parte, De Ipola y Portantiero sostienen la noción de la construcción de una voluntad nacional y popular, donde la relación populismo-socialismo es de ruptura. Aunque se presenta debate entre la noción de populismo que sostiene Laclau (cuyo estudio se ha extendido desde la década del 70) y la teoría de Ipola y Portantiero (con visiones contemporáneas) sobre puntos específicos como el componente dominante dentro del discurso: contenido pro-estatal *vs.* dominación ideológica, los puntos de divergencia no ensombrecen la razón de ser de sus enfoques: El énfasis se pone en la incidencia del discurso como elemento fundamental en la formulación conceptual del populismo.

Teóricos como Luis Britto,¹⁰ Paul Drake¹¹ y Michael Conniff¹² a través de sus escritos han incorporado elementos nuevos, que marcarían los estudios contemporáneos. Para Britto se debe puntualizar el aspecto cultural para estudiar el populismo, por cuanto la problemática se encuentra en la aceptación del líder por parte de las masas en un contexto policlasista. Para ello despliega tres elementos definitivos en la conceptualización del populismo, a saber: “1). El populismo es el resultado de una peculiar situación de las clases sociales y de otros grupos, 2) Es el resultado de procesos de asincronía social, que dan una peculiar dinámica a la interacción de esas clases y grupos sociales, 3) El medio a través del cual se logra la neutralización política de las masas” (Britto, 1988: 24).

Por otra parte, y en una visión concentrada en la dinámica económica, Drake será el antecedente principal para los autores contemporáneos que definen el neopopulismo en un contexto neoliberal. El autor, ya en 1982 enfatizaba tres elementos para una definición tentativa del populismo. En ella no sólo retoma la figura del líder y la existencia de diferentes clases sociales en función del apoyo al mismo, sino que adicionalmente, remarcaba la función de las políticas económicas como factor imprescindible para la existencia del fenómeno.

Así en primer lugar se refiere a la utilización por parte del líder de “movilización política, retórica recurrente y símbolos designados para inspirar personas”; en segundo lugar, el dirigente “se apoya en una coalición heterogénea dirigida en primera instancia hacia la clase trabajadora, pero incluyendo y siendo dirigida por sectores significativos de los estratos medios y altos”; finalmente, en tercer lugar, el populista “ha connotado un conjunto de políticas reformistas especializadas en promover desarrollo sin un conflicto de clases explosivo. Dichos programas, normalmente, responden a los problemas de subdesarrollo a través de la expansión del activismo de estado, incorporando a los trabajadores en un proceso de industrialización acelerada por medio de medidas redistributivas” (Drake, 1982: 18).

10 L. Britto, *La máscara del poder*, Caracas, Alfadil / Trópicos, 1998.

11 P. Drake, «Conclusion: Requiem for Populism?», en M. Conniff, *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982.

12 M. Conniff, *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982.

Como resultado del análisis sucinto de literatura citada, se puede encontrar un acuerdo tácito en los diferentes enfoque teóricos en cuanto a los rasgos empíricos que denotan los contenidos del concepto populismo. Estos rasgos que se expresan como componentes, están más o menos presentes en lo propuestos por los diferentes analistas e investigadores.¹² Para el efecto de nuestra exposición, se pueden postular específicamente tres: 1) La presencia de una crisis socioeconómica que da lugar a la creación de la situación populista; 2) La génesis de los movimientos populares, la constitución del liderazgo y la reestructuración institucional.; 3) El discurso emotivo como motor de movilización. A continuación se buscará analizar cada uno de tres componentes, a fin de determinar sus alcances y el sentido de su caracterización con el fenómeno populista en conjunto.

2. Crisis, cambio social y el estudio del origen y constitución de la situación populista

De acuerdo con lo tratado, uno de los componentes importantes del concepto de populismo es la presencia de una crisis y la proyección de un cambio social coincidente con su emergencia. El hecho de que se subraye este aspecto como una variable importante del fenómeno populista radica, en primer lugar, en la constante enunciación que se hace de él en las diferentes aproximaciones teóricas que se hacen sobre populismo; y, en segundo lugar, en las referencias empíricas que sustentan la propuesta de crisis y cambio social.

2.1. Génesis del populismo o de la situación populista

Es de anotar que la mayor parte de la literatura existente en el análisis del populismo, coincide en señalar como antecedente al surgimiento del fenómeno populista la presencia de una crisis que bien puede ser social, económica o política. En este sentido la crisis y el cambio social condicionan el fenómeno populista, en virtud de que se genera una situación populista que configura toda la génesis del líder carismático, así como su política pública y discurso político. Desde este punto de vista, interesa para nuestra investigación ahondar en la precisión de lo que se conceptualiza por crisis y cambio social.

En el estudio del populismo clásico, particularmente el fenómeno latinoamericano que acaeció en la década de los treinta a los sesenta del siglo pasado, es un punto común puntualizar que el populismo surge como consecuencia de la crisis generada por los procesos de modernización acelerada y con ello en los cambio de los modelos económicos. Drake manifiesta que el populismo constituyó “una respuesta coherente a los procesos de

13 Observando el estudio que sobre el populismo realizan los diferentes investigadores del tema, se puede colegir y distinguir con claridad estos componentes. La problemática consiste es en observar el peso específico de ellos con relación a su totalidad, para interpretar el sentido que va a tener el concepto. Así por ejemplo Drake aduce como rasgos: Los rasgos o patrones que identifican el populismo son: a) un estilo de movilización política; b) una heterogénea coalición social; c) un conjunto de políticas reformistas” (1982: 219). Mackinon y Petrone (comps.) sintetizan en gran forma en la gran mayoría de autores los tres componentes.

aceleración de la industrialización. La diferenciación social y la urbanización. Los populismos prometieron medidas de bienestar y crecimiento industrial protegido” (Drake, citado en Mackinnon y Petrone, 1999: 20).

Esta referencia manifiesta la relación que pone el investigador entre el proceso de industrialización y diferenciación social y urbanización, lo que indica que la industrialización genera la urbanización en la cual subyace la diferenciación social (clases o estratos sociales), ante este fenómeno en sí social, *el populismo constituye una respuesta ante la nueva situación socioeconómica*. En el mismo orden de ideas Moira Maria Mackinnon y Mario Alberto Petrone, que realizan una evaluación del fenómeno y examinan el estado de cosas existentes en la investigación y avances teóricos del populismo, postulan que “el populismo se vincula con el estadio de desarrollo del capitalismo latinoamericano que surge con la crisis del modelo agro exportador y del Estado oligárquico... en el que se destaca el rol interventor del Estado en los procesos de cambio”.¹⁴

Es de resaltar en estas tendencias teóricas, la nota común y coincidencia en los estudios, consistente en afirmar la existencia de una crisis que en el mayor de los casos es económica, crisis en el modelo económico tradicional, que para la época es agrícola, para dar paso a un modelo capitalista fundamentado en la producción industrial, con sus implicaciones de creación de mercados internos, nuevos sujetos productores y consumidores, en el que el Estado se constituye en el factor determinante de tal proceso de desarrollo endógeno, que se reconstruye para la realización de políticas públicas económicas que faciliten tal proceso que se denomina modernización. Esta crisis económica lleva como consecuencia cambios en los componentes sociales, ante las nuevas realidades creadas por la modernización, como es la urbanización y con ella la movilización social de los sectores campesinos a los espacios urbanos, con lo que aparecen nuevos actores sociales como la clase obrera y sectores marginados. En la elite se da el paso de una elite terrateniente y agraria a una elite emergente industrial.

Esta lógica del proceso social y económico de Latinoamérica de mediados del siglo xx, es reafirmada en sus investigaciones por los clásicos del estudio del populismo, como lo son Germani, Di Tella y Ianni. Germani sostiene por su parte, que dado “el cambio entre los tipos de sociedades tradicional y moderna, subsisten elementos de la una y la otra en la transición, por lo que se producen asincronías de los procesos de transformación” (Germani, 1973: 23) Para este autor esta asincronía producto del cambio es de varios tipos: “a) asincronía geográfica, creando ordenes duales (desarrollados-subdesarrollados); b) asincronía institucional, normas contradictorias para varias etapas; c) asincronía de grupos sociales, hay grupos avanzados y grupos retrasados; d) asincronía motivacional, coexisten ideas, actitudes, correspondientes a distintas etapas” (Germani, 1973: 23).

14 Moira Maria Mackinnon y Mario Alberto Petrone (comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cienfuegos*, Argentina, Eudeba, 1999, p. 22

Consecuencia de la asincronía presente se generan, según Germani dos fenómenos: En primer lugar “efecto demostración” y “efecto fusión”, por el primero el encuentro y la transición, genera aspiraciones similares y determina la política de los grupos populares, medios y superiores. Por el segundo, se fusionan las expresiones ideológicas (avanzadas y atrasadas) lo que lleva a que pervivan los rasgos tradicionales” (Germani, 1973: 21). En segundo lugar, se producen la “movilización” y la “integración”, estos aspectos “conducen a que nuevos grupos intervengan políticamente y serían debidamente integrados por el Estado, que debe crear un marco institucional para su intervención” (Germani, 1973: 21).

Así, se puede concluir para el caso de Germani, que: “Los movimientos nacionales-populares son la forma de intervención en la vida política nacional de las capas sociales tradicionales en el transcurso de su movilización acelerada” (Germani, 1973: 23). Esto indica que el grado de movilización social rebasa la capacidad de los mecanismos de integración social y políticos existentes, lo cual conduce a la constitución de una agrupación masiva y popular que no posee asignación de clase alguna, sino que es policlasista. De otra parte, Ianni guarda similitudes con el estudio y análisis de Germani, al establecer que “el populismo corresponde a la etapa final del proceso de disociación entre los trabajadores y los medios de producción; corresponde a la época en que se constituye el mercado de la fuerza de trabajo a causa de la formalización de las relaciones de producción de tipo capitalista avanzado” (Ianni, 1978: 88).

Este enfoque teórico que analiza el período clásico del populismo, cuyos estudios se realizaron en la década del setenta, trata de hacer conexiones entre lo económico y lo social. Estableciendo relaciones entre el fenómeno de la modernización y el impacto o consecuencias sociales que ella genera, entre las poblaciones mayoritariamente campesinas y con relaciones sociales de carácter tradicional. En el período transicional surge el populismo como producto y a la vez respuesta a los grupos desclasados por la modernización, los cuales van a constituir lo popular y generan nuevas formas de integración cuyo liderazgo lo ejerce el líder carismático y populista. A esto hay que agregar, que el líder surge de las nuevas elites emergentes o marginadas de la dominación tradicional, luego hay cierta homogeneidad en cuanto la emergencia entre los nuevos grupos populares y las nuevas elites dominantes.

En esta línea de explicación Ianni constata, que en los momentos históricos que más se produjeron las manifestaciones más notables del populismo, tienen como aspecto en común, en que “aparecieron en la fase crítica de la lucha política de aquellas clases sociales surgidas en los medios urbanos y en los centros industriales contra las oligarquías y las formas arcaicas del imperialismo” (Ianni, 1978: 88). Este aspecto originario y crítico de la lucha política entre clases sociales caracteriza al populismo “como un movimiento de masas que aparece en el centro de las rupturas estructurales que acompañan a la crisis del sistema capitalista mundial y las correspondientes crisis de las oligarquías latinoamericanas” (Ianni, 1978: 88). En este sentido, el populismo genera un espacio sociopolítico en el que se presenta “unas nuevas relaciones de clase que “comienzan a expresarse de un

modo mucho más abierto cuando las rupturas política y económicas (internas y externas) debilitan decisivamente el poder oligárquico” (Ianni, 1978: 86).

A fin de sintetizar este enfoque que toma como punto neurálgico el concepto de crisis y que se constituye como origen del populismo latinoamericano, Alistair Hennessey resume en forma precisa estos elementos y los caracteriza como factores o causas, que van a posibilitar el surgimiento del populismo en el período que se denominó como clásico:

Una variedad de factores ha contribuido al surgimiento de estos movimientos transclasis: “1) La incapacidad de la clase media para cumplir su papel histórico como portadora de una revolución burguesa... 2) La actitud de elites terratenientes para acomodarse al cambio... 3) La incapacidad de la clase trabajadora urbana para crear organizaciones independientes y autónomas... 4) Un flujo acelerado de emigrantes hacia las grandes ciudades... 5) La persistencia en las áreas rurales de una red de relaciones de dependencia que ha obstaculizado la creación de organizaciones campesinas independientes”.¹⁵

Ya en otra perspectiva, existe también investigación y propuesta teórica que enfatiza más el carácter del cambio fundado en los movimientos sociales. Es el caso de Di Tella que exalta el carácter social del populismo y pone el énfasis en la necesidad de su manifestación. Este investigador aduce más bien que los cambios surgen a raíz de la decadencia del liberalismo, por lo que el populismo posee un carácter más propositivo y casi una necesidad para la movilización populista de masas.

Un aspecto que es importante y que estudia este autor en estas movilizaciones sociales que cambian el espectro político a partir de la decadencia liberal, es el concepto de “revolución de expectativas” o “revolución de aspiraciones”. Consiste este en plantear, que en los grupos humanos emergentes del proceso de modernización, se generan nuevas aspiraciones sociales y políticas como mejores condiciones de vida y participación en los procesos políticos que no son satisfechas debidamente por el sistema político liberal en decadencia.

Lo anterior lleva a que en su seno se generen mayores demandas que constituyen al fin y al cabo en una “revolución de expectativas” que se constituye en la causa agente que produce el origen de una situación populista y con ella la llegada del líder populista. En efecto, comenta Di Tella, que: “En los países en desarrollo, la revolución de las aspiraciones inculca en las masas el deseo de contar con representación aún cuando no tributen impuestos. En otras palabras, grupos que no disponen de suficiente poder económico u organizativo exigen participación en los bienes y en las decisiones políticas de la sociedad”.¹⁶

15 Alistair Hennessey, en Mackinnon y Petrone (comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cienicienta*, Argentina, Eudeba, 1999, p. 22.

16 Torcuato di Tella, «Populismo y reformismo», en *Populismo y contradicciones de clases en Latinoamérica*, Argentina, Era, 1973, p. 42.

Para la década de los años setenta y ochenta el análisis del populismo de este período, se enfatiza más el concepto de cambio social y demandas socioeconómicas, fundado en el hecho que el proceso de industrialización y modernización posee formas más acabadas, así como la mayor formación de núcleos urbanos, por lo que la idea de transición que rodea al concepto de crisis analizado en el populismo clásico no son tan vigentes como antes. En este sentido Jeffrey Sachs, que enfoca el estudio desde una perspectiva macroeconómica propone la relación entre macroeconomía populista y distribución del ingreso.

Este autor ha argumentado que: “el descontento de clases y los conflictos sectoriales a través de Latinoamérica refleja un extrema inequidad de ingreso en la región, y que el gran número de personas que sienten que no están siendo beneficiadas de una economía de desarrollo tienden a apoyar aquellas políticas que prometen una estrategia diferente para mejorar el bienestar en general” (Jeffrey Sachs, en Urrutia, 1991: 374). Estas demandas o expectativas, para usar el concepto de Di Tella, constituyen en el contexto de Latinoamérica, la fuente de lo que ha sido la estrategia de lo que se ha llamado la economía populista.

Esta misma idea planteada por Sachs es seguida por estudios como el realizado Dornbusch, quien plantea en su macroeconomía del populismo, las condiciones iniciales de las demandas, que marcan el panorama de lo que el autor denomina *policy makers* populistas, esto es, la implementación de políticas públicas populistas en materia económica, que se caracteriza por su carácter distribuidor y expansionista.

Este investigador plantea como condiciones iniciales que: “Los *policy makers* populistas y la mayoría de la población están profundamente insatisfechos con el desempeño económico; existe un gran sentimiento de que las cosas pueden mejorar. Típicamente, el país ha experimentado un crecimiento muy moderado, estancamiento, o rotunda depresiones como resultado de previos intentos de estabilización”.¹⁷

Lo afirmado por el investigador anota en gran forma lo que recrea la situación populista, pero que refleja de alguna manera los deseos y esperanzas que generan este tipo de políticas en el campo social: débil desempeño económico del país, reducción en el crecimiento económico, bajos estándares de vida, inequidad en la distribución del ingreso, lo que señala el derrotero y futuro de la política populista como es la distribución y la expansión. Estos aspectos señalados que anteceden y proyectan este tipo de política, se pueden sintetizar en el marco del estudio de Dornbusch, en que los programas populistas enfatizan tres elementos: reactivación, redistribución del ingreso y reestructuración de la economía. La forma común aquí es “reactivación con redistribución”.

Los enfoques señalados se caracterizan por establecer una mirada sobre el fenómeno populista, ya no fundada sobre el marco de una crisis, sino más bien proyectan el análisis

17 Rudiger Dornbusch y Sebastian Edwards, *The macroeconomics of populism*, National Bureau of Economic Research, 1991, p. 9.

sis a partir de un momento de cambio fundado en los movimientos sociales o en problemas de desempeño económico. Es en este sentido que el factor de cambio se convierte en el gestor de lo que se puede denominar como una situación populista, lo que provee un ambiente propicio para el surgimiento de los líderes populistas, pero más aún crea el ambiente que posibilita la recepción del discurso, así como la dinámica que impulsa el apoyo popular. Esto quiere decir, que cada vez que se presente un problema de desempeño económico o una insatisfacción colectiva, se comienza a gestar lo denominado como *policy makers* populistas.

A partir de los años 80 del siglo pasado, han surgido nuevos enfoques que se han denominado como neopopulistas, que corresponden a estudios de finales del siglo xx y de la primera década del siglo xxi. Estas investigaciones y enfoques teóricos tienden a privilegiar el carácter de cambio que tiene la sociedad latinoamericana, producto de la mundialización económica, globalización cultural y las políticas neoliberales, lo que ha generado el surgimiento de nuevos líderes populistas, que para el caso se colocan sobre el tapete el fenómeno chavista o lo que está sucediendo actualmente en países como Ecuador, Bolivia, Paraguay.

Existen varios criterios teóricos sobre los que se fundan los denominados “neopopulistas”, se seleccionan especialmente tres: el primero pone el énfasis en el carácter decadente de las sociedades de masas y la desintegración social; el segundo en la formación de grupos marginales, particularmente en el sector de la informalidad; y, por último, en tercer lugar, se tienen a los que puntualizan el fenómeno en la desintegración institucional llevada a cabo por las políticas neoliberales.

Lo común de estos enfoques lo encontramos, en tratar de explicar el fenómeno populista como producto del cambio social, el que ha sido jalonado por los fenómenos sociales que afectan la contemporaneidad. Así tenemos la propuesta de Sergio Zermeño, que plantea la existencia de una fragmentación social de los actores históricos, que se pueden interpretar como la clase obrera y sus grupos institucionales como los sindicatos, asociaciones, corporaciones etc., que en el pasado eran la fuerza motriz de los movimientos políticos participativos, por lo que daban un sentido fuerte de identidad, a los individuos que formaban parte de dichas agrupaciones. Tal deterioro se debe principalmente a los fenómenos de la sociedad de masas, que en un análisis sociológico, proyectan un sentido de indiferencia, soledad e individualidad solipsista; pero aparte de ello, se encuentra la acción de las dictaduras del pasado, así como las nuevas políticas neoliberales y el estancamiento económico regional. “los conceptos imperantes son más cercanos a lo marginal, que hablan de decadencia, destructividad, desintegración, deterioro. En síntesis, una análisis cercano al deterioro de las clases sociales” (Zermeño, 1999, 366).

En este mismo orden de ideas y en un enfoque puramente sociológico, Eugenio Tironi y el Instituto Sur de Chile, plantean que en Latinoamérica “más que una sociología de la modernización, lo que existe es una sociología de la decadencia, en la que predominan

para su estudio conceptos de origen durkheimiano, tales como disolución de la cohesión social, desintegración de identidades intermedias, particularización, etc.” (Zermeño, 1999, 366). En otras palabras, analiza Zermeño, “Se presenta un repliegue hacia la esfera social y por ello una atomización de los miembros de la sociedad, por lo que se presenta una desafección de los individuos hacia el orden social, por lo cual desaparición de la unidades básicas sociales, tales como clases, grupos o estratos. Abriendo paso por consiguiente a formas delincuenciales de adaptación” (Zermeño, 1999, 367).

En este contexto, esta desintegración social y en términos durkheimianos anomía social, Zermeño define a la masa que se constituye en el futuro sujeto de la movilización populista: “Se entiende aquí por masa, un agregado inorgánico de individualidades y manifestaciones atomizadas con débil integración, contradictoria y discontinuas” (Zermeño, 1999, 366). Esta conceptualización sirve para entender la propuesta teórica que resume la problemática central y matriz del futuro populista, cual es el de “identidades restringidas”, que se interpreta en un doble sentido: primero, como la pérdida de identidad de los grupos de clase tradicionales, afectados por los fenómenos antes anotados; y, en segundo lugar, la búsqueda de la constitución de los sujetos colectivos y en este sentido con plena identidad.

Este concepto de “identidad restringida”, se liga a la pérdida o debilitamiento de lo que Zermeño denomina como “órdenes intermedios”, que se pueden interpretar como aquel complejo tradicional que daba alguna fijación institucional a la vida social, que en este caso puede ser las asociaciones, corporaciones, sindicatos, etc. Esta debilidad en los órdenes intermedios y su consecuente “identidades restringidas”, dan lugar al origen de los líderes populistas que van a llenar este vacío o van a dar identidad a esas masas anónimas. “Cuando una sociedad está atomizada, sin grupos secundarios, asociaciones intermedias o corporaciones, sostiene el autor, en los hechos delega su unidad a la institución estatal y está inerme frente a ella. En esas condiciones el Estado es libre de manipular a la población” (Zermeño, 1999, 367).

La lógica del argumento de este enfoque neopopulista, consiste en plantear, que a raíz de la desintegración social producto de la sociedad de masas, se presenta un debilitamiento de los órdenes intermedios de la sociedades en tránsito hacia el estancamiento que se padece actualmente, esto conlleva a la precariedad en la identidad colectiva, que va favorecer el surgimiento de los grupos populares y con ellos la figura del líder carismático, lo cual quiere decir, que esta situación de debilidad institucional e identidades restringidas, favorecen enteramente a la relación líder-masa. Este aspecto condiciona la política populista, en cuanto ella está encaminada a dar satisfacción al conjunto de demandas económicas, pero además a generar en forma directa y sin mediaciones la identidad que compense la debilidad provocada por el cambio social.

Un segundo enfoque en la perspectiva neopopulista y más arriba mencionado, es el que fundamenta la propuesta en los nuevos grupos emergentes, denominado sector infor-

mal. Este argumento se fundamenta en la constitución de grupos emergentes producto de las migraciones sociales, pero también del estancamiento económico que afecta la cobertura del empleo formal, lo que genera de una parte el crecimiento de demandas sociales, lo que Di Tella denominaba como “revolución de expectativas”, pero también de otra parte, la conformación de grandes masas de grupos informales. Lo característico de estos grupos es su carácter anti institucional, además de no formar parte de las estructuras de los partidos tradicionales, por lo que su participación política se realiza por fuera de los partidos, configurando lo que esta corriente califica como política informal.

Así, Lazarte entiende este fenómeno, más que como neopopulismo, como “informalización de la política”, “entendiendo que el proceso político se desarrolla al margen y en contra de la política tradicional pero también de la institucionalización democrática” (Lazarte, en Mackinnon y Petrone, 1999: 36). Para este autor la conformación de estos movimientos, se entienden mejor “si se piensan que son una respuesta funcional a determinadas demandas sociales no cubiertas, entre ellas, las que provienen de las fallas en el sistema de representación y las de servicio y bienestar para una población afectada profundamente por la crisis” (Mackinnon y Petrone, 1999: 36).

La tercera corriente corresponde a la representada por Roberts, que asume que el neoliberalismo en Latinoamérica posee rasgos populistas, por cuanto comparte algunas simetrías de acuerdo con el estudio que realizó sobre el populismo peruano. Esta asociación está propuesta en el carácter de desintegración institucional que realiza el populismo, que guarda semejanzas con la política neoliberal y su proyecto privatizador. Esta desinstitucionalización la observa el autor particularmente en los canales de representación política, que son disminuidos.

En este sentido afirma que: “a pesar de la creencia que populismo y neoliberalismo son antitéticos, el encuentra en el caso peruano, que tienen muchas simetrías y semejanzas. Esta variante liberal (en oposición a la anterior que es estatista) está asociada a la desintegración de las formas institucionalizadas de representación política, que ocurre con frecuencia en períodos de trastornos sociales y económicos... El neoliberalismo, lejos de representar el eclipse del populismo es un componente necesario de su transformación, a medida que el populismo se adapta a las estructuras cambiantes de restricciones y oportunidades” (Roberts, en Mackinnon y Petrone, 1999: 36).

Sintetizando la línea teórica de las propuestas neopopulistas, a fin de establecer puntos comunes, se puede denotar el carácter marginal de las agrupaciones sociales que van constituir el núcleo emergente de la base social popular del surgimiento del populismo. Este carácter marginal está constituido por las masas de migrantes, desempleados, grupos informales, en general de sujetos afectados por las crisis económicas, producto de la modernización (industrialización), internacionalización económica, estancamiento o recesión, etc. En síntesis constituyen los sectores débiles de la sociedad, por el carácter de la desigualdad económica, acceso a la producción y educación.

Estos sectores sociales por su gran necesidad y afectación de las políticas estatales, constituyen el nivel más fuerte de demandas de gasto social y de acuerdo con su nivel insatisfacción generan problemas y desequilibrios políticos. La problemática se puede aducir agregando, que dado el carácter marginal de estos sectores populares, así como la cultura política de organización y acción colectiva, el fenómeno de la participación y representación como canal importante para la realización de las demandas sociales, presenta niveles de exclusión, luego ello genera el ámbito para el desarrollo de crisis políticas y crisis de Estado que en el fondo es el material de ascenso o surgimiento de líderes o elites que proyectan políticas de satisfacción de demandas populistas.

Es de acotar que es común a los análisis el puntualizar el carácter anti institucional de los movimientos, lo cual se explica por la constitución marginal del sector, la insatisfacción con el estado de cosas y por la cultura política de desconfianza frente a la autoridad política. En otras palabras, la misma situación de crisis proyecta la rebelión contra el sistema político, asunto que es la materia prima de liderazgo político populista. Siguiendo a Prud'homme se puede decir que: en general los países en que se asientan prácticas neopopulistas son países marcados por profundas desigualdades socioeconómicas. Estas desigualdades no se expresan solamente en términos de riqueza personal de los individuos (o ingresos privados) sino también términos de acceso a los bienes públicos. La privación o falta de acceso a servicios colectivos por parte de amplios sectores de la población abre un campo inmenso para que los políticos en el poder lo usen para establecer relaciones de intercambio político de corte clientelar (Jean François Prud'homme, 1990).

En términos generales, también es posible afirmar que es la crisis de los partidos y de sus dirigentes, que por décadas gobernaron los países de América latina en diferentes coyunturas, y en los que el pueblo puso todas sus expectativas de inserción política, económica, social y cultural. Durante décadas, los partidos políticos en América Latina fueron el motor que movió la democracia representativa. Sin embargo, a la vista de los cambios coyunturales de los países, estos partidos fueron ineficaces en materia de administración de gobierno, distribución de riqueza, falta de inclusión social y corrupción. Estas características son comunes tanto en el populismo (hasta finales de la década de 1980) como en el Neopopulismo (a partir de la década de 1990).

José Antonio Rivas y José Araque¹⁸ concuerdan con lo anterior, al manifestar que: “En nuestra región finalizando los años ochenta e iniciando los noventa nos encontramos en un ambiente y situación caracterizada en primer lugar por la llamada crisis de los partidos políticos «como crisis de identificación y representación y en segundo lugar a partir de los años noventa la emergencia de nuevos actores y de nuevos liderazgos políticos” (Rivas Leone y Araque Calderón, 2004: 230).

18 José Antonio Rivas y José Araque, «Aventuras y desventuras del populismo latinoamericano», en *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), N° 124, abril-junio de 2004, pp. 229-243.

Para efecto del desarrollo teórico de la temática sobre la crisis política y cambio social, es preciso detenerse un tanto sobre el análisis del concepto de crisis y sus componentes en el campo social y político.

2.2. De la crisis como ruptura a la crisis como transición

De la lectura de los diversos enfoques teóricos tratados anteriormente, aunque no se menciona explícitamente se posee una concepción tácita de la crisis, que es entendida bajo los varios factores propuestos, como: modernización, urbanización, internacionalización, marginación etc. Aunque no se precisa claramente cuál es la noción de crisis, dan a entender su connotación por cierta disfuncionalidad, ruptura y en cierto momentos se vincula con un sistema de contradicciones existentes socialmente, lo que dado cierto desarrollo y profundidad conduce al cambio social. A fin de puntualizar cada una de estas nociones, es pertinente que se dilucide el concepto de crisis, así como sus diversas variantes con la perspectiva de concretar el ámbito de origen del populismo y la conformación de sus liderazgos y políticas.

Norberto Bobbio en su conocido diccionario político, define la crisis como “un momento de ruptura en el funcionamiento de un sistema, una cambio cualitativo en sentido positivo o negativo, una vuelta sorpresiva y a veces hasta violenta y no esperada en el modelo normal según el cual se desarrollan las interacciones dentro del sistema en examen”.¹⁹ En esta definición que pertenece a un enfoque sistémico, se configura la crisis como ruptura, pero además la relaciona con cambio en el sistema o en el modelo de interacciones, luego hay una interconexión entre ruptura y cambio en cuanto implican una variación de algo que se considera normal. Llevando más lejos la reflexión, se concibe como una anomalía en el funcionamiento de un sistema considerado como normal.

Lo enunciado se aproxima bastante a lo propuesto por Tomas Kuhn, que precisamente la interpreta como período de inseguridad, cambio e inestabilidad (Kuhn: 1982, 114) Esta idea de ruptura y cambio sirve para delinear su consecuente que va a ser el de revolución, pues ella va a ser considerada como una consecuencia de la ruptura de un sistema normal o como la ruptura misma o cambio de sistema. En este mismo enfoque encontramos a Samuel Huntington, quien observa el fenómeno como cambio al entender la revolución como “una cambio rápido, fundamental y violento en los valores mitos dominantes de una sociedad, en sus instituciones política, su estructura social, su liderazgo y la actividad y normas de su gobierno” (Huntington, 1996: 236).

Esta visión como ruptura es cuestionada por Nikos Poulantzas, que la reconoce como una concepción originada en la economía y en la sociología, en la que entienden la crisis como momento disfuncional que rompe un estado de equilibrio o armonía del sistema. Como fenómeno es instantáneo o temporal, pero la tendencia es volver al equilibrio una

19 Norberto Bobbio, *Diccionario de política*, 13ª ed., Madrid, Siglo XXI, 2002, p. 391.

vez haya pasado la ruptura (crisis), por lo que se relaciona mucho con la idea de ciclos críticos, que son las fases de equilibrio y de ruptura de un sistema económico o un sistema social. La objeción de Poulantzas a tal concepción es el hecho de que oculta las contradicciones de clase que contiene el sistema y que están siempre presentes dentro del sistema económico y social. Para este autor las crisis más que ruptura son lo que denomina como “condensación de contradicciones”, que son momentos intensos de contradicción que pueden producir la transformación del mismo. En efecto, afirma que “los elementos de la crisis, al existir de manera permanente en la reproducción del capitalismo deben ser comprendidos en función de las transformaciones propias al estadio y a la fase que atraviesa el capitalismo, pero en el interior de la periodización apuntan a situaciones de condensación de las contradicciones que se pueden designar como crisis”.²⁰

La diferencia que se puede encontrar entre el concepto de Poulantzas y el tradicional de ruptura, es que este último implica un cierto nivel de teleologismo, esto es, un paso de lo normal a lo anormal y vuelta cíclica, en otras palabras, cuando se da la crisis ya está prevista de antemano su salida, mientras la que plantea Poulantzas, da la idea de una permanencia en el fenómeno, sin salida, esto es, mientras subsista la lucha de clases o las contradicciones.

Siguiendo más o menos esta línea teórica, Immanuel Wallerstein hace diferencia entre lo estructural y lo coyuntural, por lo que connota el concepto de crisis en el sentido de manifestar que “Al decir crisis en un sistema histórico no me refiero a las dificultades coyunturales dentro de un sistema, sino a una tensión estructural tan grande que el único resultado posible es la desaparición del sistema como tal, ya sea mediante un proceso de desintegración gradual (que lleve a rumbos impredecibles) o mediante un proceso de transformación relativamente controlada”²¹ Esta concepción de crisis le sirve al autor para proponer su concepto de la crisis como transición: “una crisis es por definición una “transición”, y las transiciones en los sistemas de gran escala tienden a ser (quizá en forma necesaria) de mediana-larga duración y con frecuencia toman entre 100 y 150 años”²²

Esta idea de crisis que propone Wallerstein genera gran diferencia con la que proponen Bobbio o Huntington, porque bien mirada las cosas, hay cercanía con lo propuesto por Poulantzas y Kuhn, toda vez que es común en todos ver la crisis como fin de un sistema, sin preluir la constitución del venidero. Mientras que la idea de Bobbio y Huntington, tienen la idea de ruptura y equilibrio, es decir, dos momentos que se interconectan mutuamente, en el que el uno predispone el otro. Es de agregar que en Wallerstein se presentan dos componentes alternativos en el momento de transición, o desintegración, decadencia y extinción del anterior sistema; o, transformación controlada de un sistema hacia otro. En aquel se presenta la descomposición paulatina del sistema, lo cual sería su

20 Nikos Poulantzas, *La crisis del Estado*, Barcelona, Fontanella, 1977, p. 37.

21 Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, cuarta edición, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, p. 27.

22 *Ibid.*

momento de crisis; en este, es el paulatino momento de recomposición del sistema para dar lugar a uno nuevo.

En el fondo la problemática de la crisis expuesta en estas interpretaciones teóricas de la crisis, radican en la diferencia que se hace entre lo estructural y lo coyuntural. Se puede observar que el concepto de crisis como ruptura, va más en el enfoque de movimientos coyunturales que se dan al interior de un sistema en equilibrio, es decir, que problemas económicos, revueltas y hasta revoluciones, son más momentos de coyuntura, de aquí que restablezca el equilibrio o el orden del sistema. Esto indica que la crisis de coyuntura no necesariamente impacta al sistema concebido en su totalidad.

Por el contrario, las crisis estructurales conllevan necesariamente el cambio del sistema, en la medida que se da una transformación de los componentes existenciales de él, lo que da lugar al surgimiento a un sistema nuevo, con otras componentes estructurales en su totalidad, como el cambio del sistema feudal al sistema capitalista que implica nuevas mentalidades, cultura, relaciones sociales, configuraciones políticas y económicas. Desde esta perspectiva, la idea de Wallerstein denota este fin como proceso transicional del viejo al nuevo, lo que implica el juego de la descomposición-composición, desintegración estructural-integración estructural.

2.3. Crisis en el ámbito de la política

Antes de avanzar en una lectura de la interpretación de la crisis en el populismo, es necesario precisar los conceptos de crisis política, crisis de Estado y crisis en el sistema político, conceptos muy usados a la hora de conceptualizar el fenómeno populista.

Retomando el estudio de la crisis que hace Bobbio en su diccionario de política, el concepto de crisis en el ámbito de la política se desdobra en tres aspectos: crisis en el sistema político, crisis en el régimen político y crisis gubernamental. La crisis en el sistema político hace referencia a la totalidad estructural del sistema, en el cual está implicado “el orden socioeconómico”, particularmente las relaciones sociales de producción, la distribución de la propiedad y la estructura de la familia” (Bobbio: 2002, 392). Esto quiere decir, que afecta las bases sobre las cuales se asienta la organización del poder social, por lo que también conlleva la ruptura en las élites o los cambios relevantes en los sectores, económico, social, cultural o religioso.

Por su parte, la crisis en el régimen político denota la ruptura en los dispositivos jurídicos y constitucionales del sistema político, en este sentido se considera como tal “el paso de una monarquía absoluta a una monarquía constitucional, como también el paso de una monarquía constitucional a una república y el paso de una república parlamentaria a una república presidencial” (Bobbio, 2002, 392).

Finalmente, las crisis gubernamentales se consideran como aquellas que se dan al interior del gobierno, o de este con los diferentes actores, partidos, movimientos; o con re-

lación a la sociedad. En cuanto a la fuente de la crisis que afecta al gobierno, Bobbio la clasifica en dos: interna cuando sucede al interior del “aparato gubernamental”, en este aspecto, “dependen de manera relevante de la naturaleza del aparato. El aparato gubernamental puede ser homogéneo o heterogéneo, compuesto de pocos o muchos partidos” (Bobbio, 2002, 393). Pero también el factor puede ser externo, en este caso depende “de las relaciones de la clase política instaura con la sociedad y los tipos de respuestas que ella brinda a las demandas provenientes de la sociedad” (Bobbio, 2002, 393).

Esta distinción entre crisis del sistema político y crisis a su interior sean gubernamentales o en el régimen, es asumida por el Samuel Huntington, ya citado, al hacer diferencia entre la revolución política y un golpe de estado, una insurrección o una rebelión. Observa como aspecto importante en la revolución el cambio que se da en los “valores y mitos dominantes de la sociedad, en sus instituciones políticas, su estructura social, su liderazgo, su actividad y normas de gobierno” (Huntington, 1996: 236). Por el contrario las insurrecciones, golpes de Estado o rebeliones, son simplemente crisis políticas, que puede llegar a cambiar el liderazgo del gobierno, quizá las instituciones u orientaciones políticas, “pero no la estructura y los valores sociales” (Huntington, 1996: 236).

Podemos completar este panorama de enfoques teóricos, con la diferenciación que hace Poulantzas entre crisis política y crisis de Estado. La primera está referida a lo que él denomina aparato estatal, que incluye al gobierno, el régimen, la burocracia, pero también las formas de organización política como partidos, movimientos, etc.: “la crisis política consiste en una serie de rasgos particulares, que resultan de la condensación de contradicciones en el dominio político, y que afectan tanto a las relaciones de clase en su lucha política como a los aparatos del Estado” (Poulantzas, 1977: 39).

Puede comprenderse desde el punto de vista de este autor, que la crisis política se produce por afectaciones coyunturales y estados particulares de las contradicciones de clase, por lo cual tiene implicaciones en el Estado, su sistema de dominación y su composición gubernamental. Por su parte el Estado tiene una configuración mucho más estructural, por cuanto comporta el sistema de dominación imperante y con ello la hegemonía que se implementa en tal dominación. En el sentido indicado, el Estado implica en su constitución las relaciones socioeconómicas presentes, así como las relaciones de dominación implícitas en las relaciones económicas y sociales.

De acuerdo con lo expuesto, la crisis de Estado es la expresión de una crisis estructural en los profundo de las relaciones de clase y su sistema de dominación. Como quiera que la crisis constituye la condensación de contradicciones, el Estado conlleva en su seno estas contradicciones de manera permanente, lo que puede conducir a un cambio de Estado. En efecto, Poulantzas afirma que “Se designa como crisis estructural una crisis profunda que afecta al conjunto de las relaciones sociales (crisis económica y política) y que se manifiesta en una coyuntura en el sentido de una situación de descubrimiento y de condensación de las contradicciones inherentes a la estructura social” (Poulantzas, 1977: 39).

Los rasgos con los que se pueden identificar la crisis política y estatal, son los siguientes: “Concentración de poder, confusión orgánica de los tres poderes, restricciones políticas de los ciudadanos, decadencia de los partidos políticos, acentuación de la violencia estatal, red de nuevos circuitos de control social, alteración y reformas al sistema de derecho, dislocación de las ramas del aparato estatal, desarrollo de redes estatales paralelas, ausencia de proyecto global de sociedad” (Poulantzas, 1977: 73-75).

La puntualización anotada en torno a los conceptos de crisis política, estatal y del sistema político, coinciden en sus aspectos generales, en cuanto a diferenciar en la crisis lo coyuntural de lo estructural. La diferencia específica se encuentra en Poulantzas, que debido a sus reticencias con las concepciones sistémicas, ubica lo estructural en el Estado, a diferencia de Bobbio que lo sitúa en un concepto más integral de sistema político.

Queda por analizar si el populismo corresponde a un momento de crisis coyuntural, o de crisis estructural del sistema, para significar su funcionalidad y desarrollo en la vida política y social de los países.

2.3. Crisis y populismo

Dentro del seguimiento que se llevó a cabo en los enfoques teóricos sobre la crisis y cambio social como generador del populismo más arriba tratados, se denota una cierta ambigüedad en el manejo de la variable crisis y cambio social. En la mayoría de los casos la refieren a fenómenos estructurales del cambio económico, pero también la observan como un fenómeno transicional, sobre todo en las teorías clásicas del populismo. Lo mismo sucede con el concepto de crisis política, que unas veces lo apuntan como crisis de Estado y otras como crisis en el sistema político.

De acuerdo con el enfoque teórico tratado en el apartado sobre la crisis, se puede plantear que el populismo responde más a un fenómeno de carácter coyuntural que estructural, por cuanto los fenómenos a que da lugar de acuerdo con los clásicos y los neopopulistas, responden a situaciones de conflicto en el orden social y que afectan el orden político tanto en el régimen como en el aparato gubernamental, pero no ponen en riesgo el sistema político con sus componentes culturales y socioeconómicos. En términos de Poulantzas o Bobbio, son crisis de tipo político que se resuelven en el marco del sistema sociopolítico imperante. Para éste son momentos de ruptura y para aquél acentuación de las contradicciones en el marco de la lucha de clases. Sin embargo, se podrá observar el papel que realiza el líder populista frente a la crisis política que genera la situación populista, que a su vez proporciona el ambiente para su origen. Este papel está más o menos descrito, en los aspectos que caracterizan la crisis propuestos por Poulantzas.

De acuerdo con la lógica propuesta en las teorías sobre la crisis, no se puede considerar que las crisis sean estructurales, toda vez que, como afirma Wallerstein, no ponen fin al sistema, sino que por el contrario lo contribuyen a fortalecer e inclusive a reforzar,

como veremos más adelante el líder juega en este caso un papel preponderante. Teniendo en cuenta el contexto Latinoamericano, es posible observar inclusive, que el populismo ha contribuido a completar las fases de industrialización y modernización del sistema, sea este de derecha o de izquierda, toda vez que por un lado va a generar un desarrollo a marchas forzadas, con su distribución del ingreso y la expansión económica; pero a su vez, va a conculcar un fuerte sentido de integración social a las masas marginadas, aunque sea esta alrededor de la figura del caudillo populista.

3. Participación política, autoritarismo y reestructuración institucional

En el concepto de populismo constituyen variables esenciales de su definición: la participación política; el autoritarismo que genera el liderazgo y se refleja en sus políticas públicas; y la reestructuración institucional que realiza el partido o líder populista. En el rastreo teórico que se realiza en este documento, se determinarán y analizarán los contenidos de cada uno de esos conceptos, a fin de precisarlos y puntualizar su uso teórico.

3.1. La conformación de lo popular y el problema de la constitución de los sujetos colectivos

En la investigación de Luis Brito sobre el populismo en Venezuela, en la que se contrasta con otros modelos teóricos del tema, subraya los principales rasgos empíricos del populismo. Entre ellos y referido a la participación política, indica los siguientes:

Tienen por base social sectores movilizados en forma masiva, la movilización de estos sectores rebasa las disponibilidades de absorción e integración ofrecidas por las oligarquías tradicionales, el núcleo dirigente de los mencionados movimientos está constituido por una elite de la pequeña burguesía que inicialmente se presenta como anti-statu-quo, Esta elite canaliza la movilización organizándola en partidos “de masas”, dichos partidos presentan orientación “policlasista”, tendiente a lograr alianzas o acuerdos entre las clases dominantes y los sectores movilizados, tales líderes transmiten un mensaje en el cual preponderan rasgos superficiales de la tradición cultural, dichos movimientos adquieren y mantienen el poder en función de la posibilidad de redistribuir un excedente económico y tienden a perderlo en momentos de crisis.²³

De acuerdo con el estudio de la crisis realizado anteriormente, se constató que los sectores marginales generados por el proceso de industrialización (modernización), migraciones y urbanización, en los períodos clásicos del populismo, así como en los denominados neopopulismos, conformaron las masas que posibilitarían la génesis de los liderazgos populistas. Brito subraya en los rasgos empíricos del fenómeno la constitución de estos

23 Luis Brito García, *La máscara del poder*, Caracas, Alfadil / Trópicos, 1988, pp. 10-11.

grupos populares, primero por su movilización, que hace referencia a su conformación como grupo popular; y en segundo lugar, su proceso de integración.

Los dos elementos son importantes en cuanto implica la reunión de grupos dispares, emergentes, que en sí mismo no son organizados y tienen la problemática común de ser marginales a los grupos o clases tradicionales, por lo cual excluidos de todo proceso político y con grandes necesidades sociales y con la expectativa de tener una visible experiencia de participación en el sistema. Este carácter dispar y heterogéneo lleva a que su conformación sea como denominan los clásicos policlasista, por ejemplo, afirma Ianni que estos grupos populares están conformados por “trabajadores, emigrantes de origen rural, grupos sociales de la clase media, estudiantes universitarios radicales, intelectuales de izquierda, de los partidos de izquierda” (Ianni, 1978: 88), pero en el caso actual, por grupos informales, desempleados, en general grupos pobres excluidos del mercado.

Este carácter policlasista conduce en la mayor parte de los análisis a resaltar el carácter ambiguo de estas agrupaciones populares, de aquí la designación de masas, así como la misma significación de lo popular, que se caracteriza por la heterogeneidad de su composición, además por poseer un carácter cultural fundado en lo tradicional y que pertenece a lo que Germani indica como *pattern* tradicional. Podemos agregar a esto el carácter mayoritario de migraciones rurales que forman este núcleo, lo cual conduce al predominio de este tipo de cultura, en sus aspectos fundamentales de carácter tradicional, lo cual va a dar como resultado la identificación que se va a ser posteriormente con la idea de pueblo.

Esta identificación entre el campesinado y el pueblo pervive en el origen mismo del populismo ruso y americano. Hofstadter, en el conocido texto de Ionescu y Gellner sobre el populismo, resalta esta valoración antropológica del hombre de campo, en cuanto que “se le atribuye una cierta prioridad moral a causa de su trabajo, de su vecindad con la tierra y del carácter fundamental de la producción agrícola” (Hofstadter en Ionescu y Gellner, 1971). Si a esto le agregamos en el contexto latinoamericano, influencia de las insurrecciones populares mexicanas y rusas, da lugar a un panorama de aprecio y de importancia de lo popular en la acción política

También propio de esta cultura tradicional popular, así como la psicología de la marginación, subraya una de sus cualidades más específicas como es su carácter antiinstitucional o anti *statu quo*, que es subrayado en consenso por los estudiosos del tema. Krause subraya que “El populismo desprecia el orden legal. Hay en la cultura política iberoamericana un apego atávico a la “ley natural” y una desconfianza a las leyes hechas por el hombre. Por eso, una vez en el poder (como Chávez) el caudillo tiende a apoderarse del Congreso e inducir la “justicia directa” (Krause, 2005).

Di Tella también enfatiza con especial interés este carácter rebelde y un tanto anárquico de estas masas emergentes y marginadas que constituyen los núcleos populares, al manifestar que “Los grupos incongruentes (por lo general ocupantes de un status supe-

rior al término medio) y las masas movilizadas y disponibles, están hechos los unos para los otros. Sus situaciones sociales son bastante diversas, pero tienen en común un odio y una antipatía por el statu quo que experimentan de una forma visceral, apasionada” (Di Tella, 1973: 42).

De los aspectos mencionados, se puede también subrayar su falta de integración e identidad, que emerge de su misma composición heterogénea, su diverso origen y problemáticas, así como su *ethos* de exclusión política signado por su carencia de acción política y participación en los procesos políticos. Esto debido en parte al carácter de la dominación tradicional, que llevada a cabo por las elites terratenientes incluyeron en el proceso solo a ciertos sectores, dejando por fuera a las clases pobres y grupos marginados; o como dice Brito, antes citado, “La movilización de estos sectores rebasa las disponibilidades de absorción e integración ofrecidas por las oligarquías tradicionales” (Brito, 1988: 10).

Esta carencia de identidad e integración que caracterizan a estas masas marginadas, a parte de su exclusión de los procesos políticos, se configura con base en la misma composición sociológica de los diversos grupos debido al proceso de urbanización, sino también al carácter mismo de la movilización, que genera en la psicología colectiva una pérdida de raíces, lo cual se nota en la cultura popular y la nostalgia por el pasado tradicional que se ha perdido, lo que se expresa en la música y la literatura latinoamericana. En una cita que realiza García Canclini, a propósito de la inmensa movilización migracional latinoamericana, Michel de Certeau, que enseñaba en San Diego (EE.UU.) a migrantes, mexicanos, cubanos, colombianos, noruegos, etc., denotaba en esta inmensa movilidad que afrontaban los países una cualidad muy específica, la pérdida de identidad:

Esta movilidad descansa sobre el postulado de uno no es identificado, ni por el nacimiento, ni por la familia, ni por el estatuto profesional, ni por las relaciones amistosas, ni amorosas, ni por la propiedad, Parece que toda identidad definida por el estatuto y por el lugar (de origen, de trabajo de hábitat, etc.) fuera reducida, sino barrida por la velocidad de todos los movimientos.²⁴

Lo anterior nos indica que los grupos emergentes que van a constituir la gran masa popular, con sus características anotadas de policlasismo, marginación, heterogeneidad, cultura tradicional, exclusión, carencias de identidad e integración, así como sus inmensas demandas en una sociedad fuertes proceso de industrialización y urbanización, lo que constituye la ya denominada “revolución de expectativas”, va a posibilitar la llegada de un personaje o grupo partidista que va a cautivar a la masa, pero sobre todo proveerá tanto en discurso como en acción los componentes claves de inclusión, integración e identidad, a través de los conceptos importados de Europa, como son pueblo, patria o nación. En otras palabras, dará a la masa el carácter de sujeto colectivo, cuya identidad la aportara la relación líder-masa, o líder-pueblo.

24 García Canclini, *Culturas híbridas*, México, Grijalbo, 1990.

3.2. Liderazgo y autoritarismo en el populismo

El liderazgo que emerge y canaliza las masas emergentes surge de acuerdo con las investigaciones sobre el tema, de elites también marginadas de los procesos políticos controlados por la oligarquía tradicional terrateniente, por lo que su discurso anti-institucional o anti *statu quo*, forma parte de su programa emergente.

Ianni verifica empíricamente este hecho, al constatar que los “populismos latinoamericanos insurgieron casi siempre contra las oligarquías rurales decadentes; tuvieron directivas surgidas de la pequeña burguesía, y hasta el presente han confrontado problemas de diversa índole causados por la radicalización de las masas obreras” (Ianni: 1978: 29). En el mismo sentido se expresa el investigador brasileño Francisco Weffort, al connotar que “el populismo se caracteriza como una alianza (tácita) entre sectores de diferentes clases sociales provocada por la ausencia de una fracción de clase hegemónica que pueda por sí misma dominar el juego político” (Weffort, 1999: 26). Finalmente, siguiendo esta idea, Brito concreta este ámbito de surgimiento de los liderazgos al considerar que “la peculiaridad del populismo viene de que surge como forma de dominación en condiciones de vacío político, donde ninguna clase tiene la hegemonía, precisamente porque ninguna clase se considera capaz de ejercerla” (Brito: 1988, 30). Ratifica finalmente esta conceptualización los investigadores Mackinnon y Petrone, al expresar que “Cuando hay problemas, inestabilidad política, cambios, problemas de incorporación, etc. parecen los grandes articuladores integrando las masas, introduciendo cambios que rearticulan el sistema político y funcionamiento del Estado” (Mackinnon y Petrone, 1999: 44).

Estas grandes masas populares se van a movilizar alrededor del liderazgo sobresaliente, que le imprimen personajes que logran establecer conexiones emotivas con esas masas, que interpretan sus problemas, hablan su mismo lenguaje y practican su misma cultura, que este caso es la popular. Esta conexión que analiza Laclau desde el punto de vista de la psicología de masas, en su texto la razón populista, va a permitir a estas masas empezar a construir un principio de identidad, tanto referido a sí misma como en relación con el líder, el cual a su vez, va establecer su propia identidad con ellas, lo que asegura el carácter del liderazgo.²⁵

Drake reconoce que “en los años 30 y 40 aparecieron los populistas clásicos, cuyas figuras sobresalientes se puede incluir a personajes como Haya de la Torre, Grove, Cárdenas, Betancourt, Gaitán y Perón. Mucho más que los primeros, estos líderes movilizaron amplias franjas de las masas urbanas tras programas animados por ciertos slogans e ideas socialistas... Estos movimientos (como el APRA en Perú, el de Cárdenas en México, acción democrática en Venezuela) se auto percibían como cohesionados por el fin de la reforma social a favor de los trabajadores, la democracia electoral y el nacionalismo continental contra el imperialismo y el fascismo” (Drake en Mackinnon, 1999: 20).

25 Ernesto Laclau, *La razón populista*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Las ideas socialistas, el nacionalismo que adoptan y las luchas que emprenden contra enemigos de la patria que son percibidos como los “anti”, son parte del discurso político que adopta el líder, pero que contribuyen a dar respuesta, satisfacción e identidad a las masas emergentes, cuyos problemas centrales son la exigencias de mejores condiciones vida, integración social y política, así como participación. Luego la Distribución económica va a ser uno de sus pilares, así como el nacionalismo y la participación directa plebiscitaria.

En este caso comenta Georges Couffignal a propósito del movimiento chavista: “su base social amplia y popular. Rechaza a los antiguos partidos y pone su esperanza en un cambio radical que encarna un hombre providencial, designado en las urnas por la misma esperanza. Se sabe que la fuerza de adhesión personal a un líder carismático es también su debilidad, como fue el caso para Nasser, Perón, Velasco, Omar Torrijos, Otelio de Carvalho, con los que a veces es comparado Chávez” (Georges Couffignal y Daniel Van Euwen, 1992).

Di Tella por su parte subraya los aspectos emotivos a que hemos hecho mención, como una fuente entre la conexión del líder y la masa. Este autor indica que: “Sus fuentes de fuerza o ‘nexos de organización’ son: I. Una élite ubicada en los niveles medios o altos de la estratificación y provista de motivaciones anti-*statu quo*; II. Una masa movilizadora formada como resultado de la ‘revolución de las aspiraciones’ (al respecto ver la sección ‘Manejo mediático’); III. Una ideología o un estado emocional difundido que favorezca la comunicación entre líderes y seguidores y cree un entusiasmo colectivo” (Di Tella, 1973: 47).

Pero aparte de la anterior puntualización, Di Tella observa la identidad de discursos que posee la masa con su líder, así como los vínculos que se presentan, así afirma que “la comunidad de discurso y vínculo que existe entre los grupos incongruentes (por lo general ocupantes de un status superior al término medio) y las masas movilizadas y disponibles, están hechos los unos para los otros. Sus situaciones sociales son bastante diversas, pero tienen en común un odio y una antipatía por el *statu quo* que experimentan de una forma visceral, apasionada” (Di Tella, 1973: 44).

Un ejemplo que ratifica y describe un proceso de conformación de las masas populares, en un caso específico de Latinoamérica, como es el fenómeno venezolano y el liderazgo de Hugo Chávez, es el que resume Georges Couffignal cuando describe en términos estadísticos el estado de cosas en Venezuela, antes de Chávez y el advenimiento de este líder:

Finalmente, el sistema económico conoce también una crisis profunda y deja de funcionar. Las desigualdades se hacen abismales (el 10% de los venezolanos poseen la mitad de la riqueza nacional), el índice de crecimiento es negativo (-0,8%), la inflación se acerca al 30%, las tasas de interés al 40%, el bolívar perdió en 15 años más de los nueve décimos de su valor en relación con el dólar. La riqueza nacional sigue apoyándose en los ingresos petroleros (con 3,3 millones de barriles por día el país es el primer proveedor de los Estados Unidos), pero las cotizaciones están en el punto más bajo de los últimos veinticinco años.

El déficit presupuestario, en cuya constitución el fraude fiscal representa cerca de los dos tercios, alcanza al 10% del PIB. La deuda externa es de 23 mil millones de dólares, mientras que los haberes venezolanos depositados en el exterior representan 4 veces éste monto (90 mil millones de dólares). Las quiebras fraudulentas ponen en crisis el sistema bancario. El desempleo oficial está en el orden del 16%, pero la mitad de los venezolanos están empleados en el sector informal, que también está en crisis. El funcionamiento de los servicios públicos –rutas, escuelas– es cada vez más deficiente, mientras que el sector sanitario se degradó al extremo. Un estudio revela que el PIB por habitante es inferior a lo que era en 1968. Los pobres representan, según Hugo Chávez, el 80% de la población. El poder adquisitivo de la clase media cayó en un 60% en quince años. Crisis económica muy grave, crisis política aparentemente insoluble, la sociedad venezolana estaba madura para entregarse a un líder carismático.²⁶

En esta cita se observa plenamente la composición de la crisis, la constitución de la masa y el ascenso del líder como respuesta a la situación, la problemática se centra en la relación intrínseca y emocional que debe existir entre el líder y sus seguidores y la identificación que se construye en su interioridad, lo cual contribuye a la fenómeno de integración y constitución de los sujetos colectivos.

Desde un punto de vista más de partido y por la constitución pluriétnica de la sociedad boliviana, los aspectos reseñados son también allí detectados, no tanto desde el punto de vista de los líderes, sino de los denominados partidos populista, el caso concreto se refiere a los partidos Unión Cívica Solidaridad (UCS) y el Conciencia de Patria (Condepa), que de acuerdo con el estudio realizado por Fernando Mayorga, contribuyeron a generar una mayor identidad cultural, participación e integración en los procesos políticos, sobre todo a grupos excluidos y marginados: “Estos partidos introdujeron nuevos códigos culturales sociales y políticos en el campo del discurso político. Se destaca, en el caso de Condepa, una carga simbólica matizada por interpelaciones étnicas de raigambre andina que pasaron de la subcultura migrante y de la festividad folclórica al ámbito de la política, y se materializaron en la presencia nunca vista de una chola como diputada nacional desde 1989 y candidata presidencial en 1997. El sistema político asumió la demanda de participación de nuevos actores sociales (indios y mujeres), antaño excluidos de la política “oficial” que pasaron a intercambiar papeles con los actores tradicionales (criollos, mestizos y varones)”.²⁷

Dentro del estudio de las características del liderazgo, se observa que otra de las notas comunes que se le asigna por la literatura especializada a este tipo de liderazgo populista, es el carácter carismático que posee su personalidad y es reconocido por sus adeptos. Esta

26 George Couffignal y Daniel Van Euwen, *América Latina. El inicio del nuevo milenio*, Universidad Nacional de Tres de Febrero, 1992, p. 223.

27 Fernando Mayorga, «Neopopulismo y democracias en Bolivia. UCS y Condepa, compadres y padrinos en la política», en Hermet Guy, *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*, México, El Colegio de México, 2002, 301-326.

cualidad que es sociológica y psicológica a la vez, que es analizada por los psicólogos sociales con es el caso de Gustavo Le Bon en su texto de psicología de masas y Sigmund Freud, en un texto de similar tema, entre otros, ha llevado a que la relación entre las masas y los líderes sea interpretada como emotiva y no racional.

Max Weber en una línea sociológica realiza el estudio de esta relación, pero enfocándola en lo que se denomina teoría de la dominación, esto es, analizando que esta relación presenta connotaciones de una relación social y por lo cual hay una comprensión mutua y de sentido entre los dos actores: seguidores-líder. Las características especiales que tiene dicha relación y el tipo de sentidos y vínculos que se entrelazan entre ellos, es un tema que se estudia a través de la construcción de un tipo puro de esta dominación, que permite comprender las lógicas subyacentes en la realidad.

Weber marco en cierta manera los estudios sobre el populismo, que asumieron este enfoque en una forma paradigmática y orientó los estudios y calificativos de la relación populista, hasta el punto de ver en ella una cierta irracionalidad en el proceso de obediencia. Esta irracionalidad que es vista también por Le Bon y algunos teóricos de la psicología de masas,²⁸ no es tanto por el discurso, que algunos especialistas califican como incoherente y demagógico, sino por el vínculo emocional o de influencia que surge entre el líder y la masa.

La misma definición de carisma elaborada por Weber marca esta característica: “Debe entenderse por ‘carisma’ la cualidad, que pasa por extraordinaria (condicionada mágicamente en su origen, lo mismo si se trata de profetas que de hechiceros, árbitros, jefes de cacería o caudillos militares), de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas —o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro— o como enviados del dios, o como ejemplar y, en consecuencia, como *jefe*, caudillo, guía o líder” (Weber: 1984, 193). En esta definición se hace presente el carácter extrahumano del carisma, lo cual pasa por sagrado o religioso, en este sentido un tanto inaprensible por la racionalidad.

Ésta interpretación de lo sagrado o mágico del líder, es una reputación subjetiva y es intrínseca entre los extremos de la relación de dominación: líder-masa. El reconocimiento que realice el seguidor o dominado, es “psicológicamente, una entrega plenamente personal y llena de fe surgida del entusiasmo o de la indigencia y la esperanza” (Weber: 1984, 193). Los conceptos que subyacen en esa relación están dados por una especie de posesión y emoción, que rodea tanto al dominante como a los dominados, y se expresan con los calificativos más subjetivos: esperanza, admiración, entusiasmo, etc.

Uno de las características principales de este tipo de dominación, está dado en el carácter personalista que posee, esto es, se ejerce en forma directa e inmediata. Esto quiere decir, que la relación entre el líder y los adeptos es sin mediaciones. No existe nada entre el líder y sus seguidores, por lo que se presenta una personalización del poder. En térmi-

28 Ver el estudio que hace sobre Le Bon y los aportes freudianos en Ernesto Laclau, *op. cit.*

nos de Weber, esta dominación no posee cuadro administrativo profesional que viabilice y realice la dominación: La dominación carismática supone un proceso de *comunización* de carácter emotivo: “El *cuadro administrativo* de los imperantes carismáticos no es ninguna ‘burocracia’, y menos que nada una profesional. Su selección no tiene lugar ni desde puntos de vista estamentales ni desde los de la dependencia personal o patrimonial. Sino que se es elegido a su vez por cualidades carismáticas: al profeta corresponden los discípulos, al príncipe de la guerra el ‘séquito’, al jefe, en general, los ‘hombres de confianza’”.²⁹

Esta falta de mediaciones lleva a conceptualizar dicha relación como personal, directa e insustituible, a no ser en lo que llama Weber la rutinización del carisma. Dentro del contexto del populismo, quiere decir esto, que estos liderazgos son personalizados por el líder político, para lo cual se elimina lo que Alan Touraine denomina como ordenes intermedios. Es decir toda aquella formas de instituciones que median la relación entre el gobierno y el pueblo, particularmente las formas de representación y cambiándola por las formas plebiscitarias de la democracia directa. Este carácter de inmediatez conduce a la identificación plena de la masa con el líder, como el caso de Perón y los peronistas, Chávez y los Chavistas; pero además, este al identificarse con los valores colectivos que son parte de su discurso, como la nación, el pueblo, la patria, lleva a que la masa se identifique con este valor colectivo. Por ejemplo, el líder afirma en su discurso que él es la patria o la Nación, lo que a su vez proyecta la identificación de la masa con este valor. En este proceso de identificaciones dado el carácter personalista de la dominación, la masa que era inicialmente policlasista, heterogénea y ambigua, ha logrado psicológicamente cobrar altos niveles de identidad y pertenencia, debido a la alteración de los modelos mentales provocados por el líder a través de su discurso político, asunto que ha dado el líder tanto desde el punto de vista psicológico como sociológico.

Este proceso de identificación se evidencia en el mensaje del líder. Brito señala estos aspectos al observar que en el mensaje populista hay una identidad entre emisor y receptor. El tema central del mensaje populista, la explicitación de la identidad entre el partido (dirigente) y la nación (pueblo). Emisor: líder-partido-gobierno; Receptor: pueblo-masa-clases populares-adeptos; Identidad en el mensaje y emisor: “el mensaje soy yo” (Brito, 1988, 89). Esto nos pone en el núcleo mismo de proceso de identidad del populismo, por cuanto que como dice Brito “Está en la esencia del populismo, la apropiación de los rasgos tradicionales que se refieren a un supuesta esencia popular-nacional” (Brito, 1988, 89).

Esta cualidad personalista y emotiva que se despliega en el populismo, conduce a una relación autoritaria en el ejercicio del poder legitimado por el carisma reconocido y apropiado por la masa popular. Se explica la relación autoritaria, por cuanto depende la dominación directa y exclusivamente de la voluntad arbitraria del líder.

29 Max Weber, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica 1984, p. 194.

Hay que observar que este tipo de liderazgo surge de una crisis política (del régimen político o gubernamental), lo que marca de alguna manera el tipo de liderazgo que se ejerce, que es en cierta manera de emergencia, pero a la vez con fuerte apoyo popular y vinculado directamente y personalmente con el líder. Fuera de estos aspectos, hay que tener en cuenta el tipo de cultura política tradicional que posee la masa y que comparte plenamente con el ejercicio del liderazgo.

Como para ratificar aún más este aspecto, personalista y autoritario del populismo, Enrique Krauze, en su decálogo del fenómeno, resalta en la regla décima que “El populismo mina, domina y, en último término, domestica o cancela las instituciones de la democracia liberal. El populismo abomina de los límites a su poder, los considera aristocráticos, oligárquicos, contrarios a la “voluntad popular”.³⁰

3.3. Reestructuración institucional, participación e integración

El componente reseñado del carisma y el autoritarismo presente en el populismo, tiene su concreción en la reestructuración institucionalista que se lleva a cabo en el aparato del Estado. Esto se produce algunas veces en el régimen político y otras en el gobierno, a fin de llevar a su reforzamiento y fortalecer el ejecutivo, lo que permite tener una mayor concentración de poder.

Las reformas conducen a modificaciones en sectores institucionales, tales como el régimen electoral a fin de que permita disminuir las formas de representación y dar paso a formas plebiscitarias y más directas en la relación gobernante-gobernados; también ellas se enfocan en el régimen económico, para que posibilite tener una mayor control del gasto público; pero además, ya desde el punto de vista de la estructura de gobierno, pasa por reformar los sistemas de participación y con ello los partidos políticos, así como configuración regional.

En este orden de ideas, Germani en el estudio que realiza de los populismos, anota que los líderes populistas provienen en su mayoría de movimientos políticos y no de partidos políticos, que entra dentro de la lógica anti statu quo que pregonan. Este aspecto lleva a que lo central es la inmediatez con el liderazgo. La dinámica de los movimientos nacional-populares dentro del sistema democrático, se funda en el real del apoyo popular al líder del movimiento, quien es en última instancia lo que Germani denomina la “experiencia de participación” (Germani: 1973).

Mackinnon y Petrone subrayan como componente importante del concepto populista la participación y la reestructuración, en cuanto que “la originalidad de los regímenes nacional-populares reside en la participación, que no se produce a través de los mecanismos de la democracia representativa... sino un grado de participación más libre y más efectiva,

30 Enrique Krauze, «Decálogo del populismo latinoamericano», en periódico *El País*, Madrid, 14-10-2005.

con elementos de espontaneidad y un grado mayor de experiencia personal... Los populismos son experiencias que tienen que ver con una idea de participación, de democracia directa y con un énfasis en el heterogéneo conjunto de sectores sociales, en la unidad del pueblo como último valor” (Mackinnon y Petrone, 1999: 44).

Estas reformas en el aparato de estado (régimen y gobierno) se explica en parte por la inclusión (aparte del componente carismático autoritario, así como la crisis política que le da origen) que hace el líder populista de las masas marginadas de los procesos políticos: Teniendo en cuenta que la mayoría de esas masas actúan por fuera de los partidos (lo que es similar en el mismo líder), el nuevo estado de cosas y las nuevas realidades llevan a que se realicen las reformas que adapten la nueva situación. En este mismo sentido opina Ianni, quien observa y reconoce esta tendencia a reformar la estructura estatal: “Las masas populistas, tanto por sus actuaciones como por la forma en que son manipuladas posibilitan la reelaboración de la estructura del Estado, particularmente en lo que se refiere a sus nuevas atribuciones” (Ianni, 1978: 86).

Por su parte Jean-François Prud’homme reconoce ciertas simetrías entre el populismo y el neoliberalismo en el carácter reestructurador, en el que caracteriza la acción populista y su carácter mediático en el contacto con la masa. En efecto, afirma que “los políticos populistas prefieren asentar su poder en los sectores no organizados de la sociedad. En conjunción con los tecnócratas neoliberales, tienden a favorecer una concentración del poder en manos del Ejecutivo, llegando hasta la disolución del Parlamento cuando éste constituye un obstáculo a la realización de sus propósitos” (Prud’homme, 2001: 247-48).

Esta reestructuración institucional conduce a generar una mayor participación en la vida social y política del país, por lo que se crean nuevos canales en partidos, sistema electoral, manifestaciones, que de satisfacción a lo que se denomina como “revolución de expectativas” o de aspiraciones. Pero claramente esta idea reformista del aparato estatal, pero no del sistema político en su totalidad, de acuerdo con lo conceptualizado anteriormente, conduce más a fortalecerlo que a debilitarlo. Es preciso traer a colación, que el origen populista se encuentra condicionado por el fenómeno de la crisis política y la exclusión, lo cual indica que la reforma busca la superación de estas crisis y generar niveles mayores de inclusión.

La idea discursiva y valores identitarios como nación, pueblo o patria, abstractas ambiguas en sí misma y explícitos en la retórica populista, muestran la problemática de homogeneizar y superar los conflictos sociales existentes entre los sectores populares y las elites dominantes (a más del conflicto al interior de ella misma que es la fuente del liderazgo), papel que en cierta manera realiza el populismo al generar un programa de integración, así sea alrededor de la figura de quien ejerce los liderazgos. De aquí que para muchos sectores de la izquierda, se genere un rechazo al populismo por la tendencia que posee a disminuir los conflictos entre clases, generando políticas de distribución económica, que conducen a

una mayor aceptación del sistema político por las masas populares y no intentar un cambio radical de él. Con base en este argumento, se afirma que en Colombia posee guerrillas, por cuanto las elites gobernantes no permitieron la gestación de gobiernos populista, lo cual llevó a radicalizar a grupos populares y generar una rebelión armada.

En este orden de ideas se considera el fenómeno de la integración que realiza el populismo, al mezclar grupos tan dispares bajo el valor de pueblo o nación, en los siguientes rasgos “podemos definir una forma particular de intervención de los grupos movilizados, como integración. Se trata de una participación que presenta dos rasgos distintos: a) por un lado, la que se efectúa a través de los medios institucionales dentro del marco del régimen político dominante (esta clase de participación tiene, al menos cierto grado de eficacia, aparte de su reconocimiento formal); b) por otro lado la que es comprendida y vivida como legítima por los grupos movilizados” (Germani, 1973: 21).

Por su parte Touraine entiende en primer lugar, que el populismo se forma en aquellos países en donde no se forma una modernización endógena (dirigida por una clase dirigente o el Estado), sino una industrialización importada o facilitada por factores externos. En segundo lugar enfatiza que el populismo fomenta un desarrollo desde abajo y hacia adentro; y en tercer lugar, el populismo se propone como meta del desarrollo no en aumentar la inversión, que es lo que se afirma de él corrientemente, “sino aumentar el nivel de participación e integración de la sociedad nacional, que ha sido fracturada o dualizada por la modernización heterónoma. Para él esto último es el populismo” (Touraine, 1998: 329).

Lo mencionado por Touraine quiere decir que realmente el éxito del populismo no está en su carácter de generar un mayor desarrollo económico, que es a la larga uno de sus mayores fracasos debido al nivel de gasto que compromete el Estado, sino producir un alto nivel de integración social, que ha sido fracturada por la marginación social, que en su gran parte es consecuencia del mismo proceso de modernización. Este autor manifiesta que “la vía populista, o la relación política-nacional-populista, como lo plantea Touraine, parece ser o se convierte en la única vía para la integración en medio de la crisis” (Touraine, 1998: 372). Si el argumento es correcto, esto nos muestra la necesidad de reformar el aparato estatal en sus diversos componentes a fin de lograr los niveles de inclusión necesarios, por lo cual y analizadas a fondo las cosas, se fortalece el Estado y con él el sistema político, porque se constituye en el gran agente efectivo de integración.

Germani, muestra la necesidad de la participación para generar integración, al mostrarla como una caracterización para los grupos recién movilizados, en donde los líderes populistas “se ven obligados a tolerar cierta participación efectiva, aunque limitada, para obtener el apoyo de la base popular. La participación no se hace (es decir no específicamente) a través de mecanismos ordinarios como el voto o la participación canalizada y burocratizada por el régimen como en sistemas totalitarios; sino que se refiere al

ejercicio de cierta libertad efectiva, grado inmediato de experiencia personal, y quienes la ejercen son las personas que acaban de abandonar el *pattern* tradicional”.³¹ Así, cuando el fundamento real del apoyo popular al líder se manifiesta en dicha experiencia de participación, la función del discurso adquiere gran relevancia en el ejercicio de convocar a dicha participación por parte del líder y darle sostenibilidad a su acercamiento con la masa disponible

En el mismo orden de ideas y a fin de ratificar esta tesis, Britto considera que uno de los rasgos importantes del populismo en este proceso de reestructuración es la “Aceptación de la coexistencia de clases sociales antagónicas, en que estas buscan el reacomodo de las relaciones entre clases o su colaboración. Con ello buscan mantener una coexistencia entre clases antagónicas. Esto lo ha logrado combinando la represión, la redistribución y la retórica” (Brito, 1988, 14-15).

Mediante una estrategia vital para la existencia de populismo, que combina la construcción de identidad entre líder y masa (que maneja símbolos y retoma tradiciones populares) y la difusión de un mensaje concreto a través del discurso, el líder retoma la aspiración de la masa disponible de sentirse representada para proporcionarle una participación efectiva dentro del sistema social.

4. El discurso como ámbito de construcción de identidades y de sujetos colectivos

El discurso en el populismo constituye una herramienta determinante dentro de los mecanismos de movilización de masas empleados por los líderes populistas. Ellos depositan en la palabra una capacidad que se encuentra más allá de una simple comunicación de ideas particulares, pues involucra trascendentalmente la habilidad de difundir ideologías, influenciar conciencias, polarizar modelos mentales e incluso manipular sistemáticamente la interpretación del contexto social (que incluye la dimensión política, económica y cultural) de los receptores. En este orden de ideas, se puede considerar el discurso político populista como un especial instrumento de dominación, homogenización e integración.

Varias aproximaciones teóricas sobre populismo señalan una estrecha relación entre la movilización social y el uso de la retórica y sus elementos discursivos para tal efecto. Desde

31 El abandono del *pattern* tradicional al que se refiere Germani se encuentra estrechamente ligado al proceso de movilización social. En su ensayo titulado «Democracia participativa y clases populares», el autor la define como un “proceso psico-sociológico, en cuyo transcurso los grupos hundidos en la ‘pasividad’ del *pattern* tradicional (predominio de la acción prescriptiva, a causa de las normas interiorizadas) adquieren cierta capacidad de conocimiento deliberativo; alcanzan unos grados de aspiración diferentes de los fijados por el *pattern* antiguo, y por consiguiente manifiestan cierta actividad en el terreno político. En lo sucesivo, éstos grupos intervienen en la vida nacional y su intervención puede manifestarse de formas muy diversas: movimientos espontáneos de protesta, explosiones abiertamente revolucionarias, movimientos religiosos, actividades políticas dentro de los partidos, participación en las elecciones, etc.” (Germani, 1973, 20).

los teóricos clásicos del populismo tales como Torcuato Di Tella, Gino Germani Octavio Ianni, Paul Drake y Luis Britto hasta autores contemporáneos que incluyen a Ernesto Laclau, Enrique Krauze, Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards han establecido apreciaciones sobre la exhortación a movilizarse que hace el líder populista a la *masa disponible*³² para brindarle apoyo.

El líder sabe que si bien la orientación del discurso son las masas, reconoce la presencia e importancia de otros receptores (grupos de poder) que son marginales al estado de cosas, por lo que la estrategia es unificarlos, integrarlos y constituirlos como parte de un sujeto colectivo. En este aspecto el discurso juega un papel fundamental como lo reconoce Di Tella en su artículo «Populismo y Reformismo»: “los sectores superiores o medios (aún en el caso de que ya sean partidarios de la reforma) les resulta necesario utilizar ideologías demagógicas; de lo contrario no podrán canalizar las masas en su favor. La necesidad de una ideología se hace aún más aguda por el hecho de que no sólo es necesario integrar a las masas sino también a los intelectuales y a algunos de los grupos incongruentes” (Di Tella, 1973: 47).

Por su parte, Britto reconoce también la multiplicidad de clases en el fenómeno populista, donde en un contexto social de *policlasismo*, como lo califica el autor, el mensaje del líder populista se convierte en “el medio a través del cual logra la neutralización política de las masas” y añade que dicho mensaje “apela a las simbologías populares tradicionales de estas” (Britto, 1988: 25). En este sentido, generar identidad con la masa disponible y simultáneamente responder a los intereses de los grupos de poder que lo apoyan, constituye un desafío que experimenta el líder en la práctica populista. Dicha exaltación de los puntos de convergencia y minimización de las diferencias entre las clases sociales que apoyan el populismo, se identifica con mayor facilidad en el análisis crítico del discurso.

Dentro de la definición de populismo dada por Drake, dos de los tres elementos que enfatiza corresponden a la relación entre los mecanismos de acercamiento del líder a las masas y la plataforma de soporte a su gestión populista, personificada en las clases sociales: “El populismo utiliza movilización política, retórica recurrente y símbolos designados para inspirar personas (primer elemento); se apoya en una coalición heterogénea dirigida en primera instancia hacia la clase trabajadora, pero incluyendo y siendo dirigida por sectores significativos de los estratos medios y altos (segundo elemento); y ha connotado un conjunto de políticas reformistas especializadas en promover desarrollo sin un conflicto de clases explosivo (tercer elemento)” (Drake, 1982: 218).

32 Término de Gino Germani y acotado por Di Tella como lo expresa a continuación: “En los países en desarrollo, *la revolución de las aspiraciones* inculca en las masas el deseo de contar con representación aún cuando no tributen impuestos. En otras palabras, grupos que no disponen de suficiente poder económico u organizativo exigen participación en los bienes y en las decisiones políticas de la sociedad. Ya no saben ‘guardar su lugar’, como lo supieron los obreros europeos hasta tiempos muy recientes. Forman una *masa disponible* (término de Gino Germani) de adeptos más vasta y exigente que cualquiera con que hubiera podido soñar Luis Napoleón” (Di Tella, 1973: 20).

El autor al hacer alusión al uso de la “movilización política”, la “retórica recurrente” y los “símbolos designados” indirectamente presenta el conducto existente entre los propósitos del líder y las estrategias para alcanzarlos, y una de las estrategias más importantes dentro del populismo es el discurso, por su capacidad de definir situaciones temáticas, desarrollar o fortalecer símbolos, proporcionar interpretaciones subjetivas, priorizar contenidos, etc., y es por ello que su análisis concienzudo se hace preciso.

Pero Drake no es el único autor que empodera la acción retórica del líder. Krauze en su “Decálogo del Populismo” otorga en primera instancia a la figura del líder un protagonismo basado en el carisma, pero así mismo y a través de esta imagen proyecta su palabra en la que los *mass media* cumplen un papel fundamental: “El populista no sólo usa y abusa de la palabra: se apodera de ella. La palabra es el vehículo específico de su carisma. El populista se siente el intérprete supremo de la verdad general y también la agencia de noticias del pueblo. Habla con el público de manera constante, atiza sus pasiones, “alumbrando el camino”, y hace todo ello sin limitaciones ni intermediarios” (Krauze, 2005: 1). Finalmente, en su artículo, confiere al manejo de la verdad una característica propia del populismo: “El populismo fabrica la verdad. Los populistas llevan hasta sus últimas consecuencias el proverbio latino ‘*Vox populi, vox Dei*’. Pero como Dios no se manifiesta todos los días y el pueblo no tiene una sola voz, el gobierno ‘popular’ interpreta la voz del pueblo, eleva esa versión al rango de verdad oficial, y sueña con decretar la verdad única” (Krauze, 2005: 1).

La mención de estos tres factores por parte de Krauze no está dada por su condición de elementos independientes ligados al fenómeno populista, sino que representan piezas interrelacionadas y fundamentales de la columna vertebral que compone al populismo, que confluyen en la representación discursiva y por tanto merecen particular atención y análisis crítico sobre la forma como afectan (positiva o negativamente) y operan en el sistema social.

La estrategia de dominación del líder, basada en la construcción de identidad con la masa disponible y la reproducción de un mensaje con alto contenido ideológico dentro del discurso, es retomada como objeto de estudio desde la década del 70 hasta la actualidad por uno de los más sobresalientes teóricos del discurso populista, Ernesto Laclau. El autor de *La razón populista*, quien reconoce la importancia de dicha estrategia al consignar que “el mensaje populista contiene símbolos, valores y tradiciones populares de lucha en que los interpelados encuentran un principio de identidad. Estas interpelaciones expresarían la contradicción pueblo-bloque en el poder (...) con ello el populismo consiste en la presentación de interpelaciones popular-democráticas como conjunto simbólico-antagónico respecto a la ideología dominante” (Laclau, 1978: 193).

En la teoría del análisis del discurso, este carácter indentitario y constitución de actores, se logra a través de tres dispositivos importantes que son esenciales a él: su carácter de poder, el manejo de la representación subjetiva y con ella el contexto; y, por último, el

control discursivo que se ejerce para la comprensión que hacen las masas. Veamos sucintamente estos componentes, para así tener una visión del discurso populista.

En cuanto al primer aspecto, la fuente del poder del discurso se deriva del nivel de acceso que se tiene o no al mismo por parte de diferentes grupos de poder. De ésta manera según los sujetos que controlen el discurso, es factible someter (indirectamente) a los receptores a pensar o actuar de acuerdo al pensamiento del emisor; revelando al poder discursivo no como un agente coercitivo, sino mental, de tal forma que supone un medio para controlar las mentes conduciéndolas a favor de los intereses del líder o grupo de poder y en contra de *sus* intereses más altos.

Van Dijk dentro de su formulación teórica otorga al *acceso preferencial del discurso público* una cualidad adicional donde las élites simbólicas (como presidentes y políticos, periodistas, docentes, entre otras) tienen la capacidad de controlar no sólo los discursos predeterminados a su área (discursos políticos, discursos científicos, etc.), sino también los discursos públicos. “El poder está basado en recursos sociales escasos... Uno de estos recursos es el acceso preferencial al discurso público” (Van Dijk, 2004: 10).

En suma, este control de las élites populistas sobre el discurso y su vez del discurso sobre los receptores (masa), indica las relaciones análogas presentes entre poder y discurso, en donde por una parte, se encuentra el poder de controlar el discurso y por otra parte el poder del discurso para controlar las mentes de las personas. Los grupos de poder “controlan el discurso especialmente para controlar las mentes de las personas y así, indirectamente, controlar sus acciones. En lugar del poder como la fuerza para controlar las acciones de las personas, el poder moderno es, esencialmente, poder discursivo” (Van Dijk, 2004: 10).

En segundo lugar, se encuentra la relación del discurso con el contexto. Este ofrece en el discurso lo que Van Dijk denomina como “representación mental” que es un constructo subjetivo y no una realidad general:

Los contextos no están “ahí afuera”, como las situaciones sociales, sino “aquí adentro”; es decir, en la mente de los usuarios de la lengua. ¿Por qué? Por una razón muy simple: las cosas que están “ahí afuera”, las propiedades de las situaciones sociales no pueden, desde luego, influenciar el discurso directamente; pueden hacerlo solamente por medio de las formas en las que los usuarios de la lengua entienden o construyen estas propiedades de la situación; es decir, cuando los usuarios de la lengua prestan atención a dichas propiedades y las encuentran relevantes para lo que dicen o escriben (o escuchan o leen). No es el hecho de ser hombre o mujer, es decir, el género, lo que influye en lo que decimos; sino nuestras interpretaciones o construcción de dichos roles sociales. En otras palabras, los contextos no son un tipo de realidad social “objetiva” o una situación social “real” sino constructos subjetivos de lo que ahora es relevante en dichas situaciones sociales (Van Dijk, 2004: 11).

Ahora bien, teniendo en cuenta que la interpretación del contexto no es común para todos los receptores, influir en las representaciones mentales equivale a influir en la definición de *lo que debe o no ser relevante en una situación social dada*. De tal manera que los grupos de poder con el fin de ejercer control, no sólo se concentran en el texto o el habla, sino que apelan a controlar el discurso desde el contexto, estableciendo una jerarquía en las temáticas comunicadas y predeterminando los constructos mentales de la audiencia. “En otras palabras; para’ comprender (y por lo tanto controlar) los significados y las funciones de los ‘textos’ escritos o hablados necesitamos comprender (controlar) sus contextos” (Van Dijk, 2004: 11). Al respecto, el contexto ó las representaciones mentales al igual que las relaciones sociales (entre ellas las de emisor y receptor) cambian constantemente, y éste carácter dinámico implica que la labor discursiva siempre se ajuste al contexto y que la figura contextual del receptor sea siempre controlada en el discurso.

Finalmente, en tercer lugar, se puede anotar el control discursivo que se realiza en la comprensión del receptor del discurso. En dicho proceso, cuando los receptores atienden, escuchan o se les es comunicado un discurso, cada persona construye representaciones subjetivas de los eventos específicos manejados en el mensaje, proceso en donde afloran también opiniones personales y emociones destacadas; éstas representaciones son denominadas *modelos mentales* los cuales serán eje de influencia de los grupos de poder para su control. Van Dijk amplía el concepto de los modelos mentales y formula la relación intrínseca entre ellos y el control del discurso.

Comprender un discurso significa ser capaz de construir ‘un modelo mental subjetivo de los eventos a los que se refiere discurso; esto también puede involucrar nuestras opiniones o emociones respecto a dichos eventos: Después recordamos las partes del discurso porque somos capaces de reactivar estos modelos mentales subjetivos, que algunas veces son sesgados e incompletos. Por lo tanto, si queremos controlar las mentes de las personas, ante todo, lo más importante es que controlemos estos modelos mentales. En otras palabras, los discursos serán moldeados de tal manera que los modelos mentales tienden a formarse de acuerdo con lo que el escritor o el hablante prefieran; esta es la idea básica de toda persuasión y la meta fundamental de la retórica clásica (Van Dijk, 2004, 14).

De acuerdo con esto, el ejercicio discursivo traspasa el terreno de la persuasión y se emplea la manipulación para conducir a los receptores al favorecimiento de los intereses del grupo de poder: “De hecho, la mejor manera de lograr que los receptores creen y hagan lo que decimos es persuadirlos. La noción clásica de Gramsci de ‘hegemonía’ está basada en esta noción de consentimiento: esas personas creen y hacen lo que las élites dicen no debido a algún tipo de coerción sino por su libre albedrío” (Van Dijk, 2004, 14).

Ya hemos observado cómo a través del discurso es posible construir modelos mentales en los individuos en referencia a eventos particulares derivados del contexto. No obstante, la persuasión y la manipulación pueden darse de una manera más efectiva, en donde las

personas generan éstos modelos mentales por sí mismas sin necesidad de estar expuestas al discurso, a raíz de las representaciones mentales (influenciadas por los grupos de poder) que han interiorizado en ocasiones anteriores:

Una vez que las personas tienen representaciones sociales preferidas, en cada ocasión relevante tenderán a construir el modelo mental específico que es una manifestación de la representación social. De esta forma, una vez que aquellos que están contra nosotros han sido etiquetados y catalogados como terroristas (por ejemplo) entonces una representación negativa de los terroristas será suficiente para formar la representación mental negativa deseada de cualquier evento futuro que se declare como un evento en el que los terroristas están involucrados como “agentes”. Las representaciones sociales negativas de los terroristas –o aquellas respecto a los islámicos, musulmanes o árabes– frecuentemente no vienen solas ya que incluso podrían ser parte de representaciones negativas más generales respecto a los extranjeros, a los pueblos de otro color o cultura. A estas representaciones sociales fundamentales, muy generales, las denominamos ideologías, y en el caso mencionado se trata de un ejemplo de ideología racista (Van Dijk, 2004: 16).

De esta manera, el autor señala la relevancia de ésta manipulación de modelos mentales, pues es capaz de tipificar grupos sociales con juicios negativos generalizados, de tal forma que frente a cualquier evento donde dichos grupos sean actores, primarán las ideologías predeterminadas por los grupos de poder que poseen el control discursivo. Con respecto a las ideologías es preciso anotar que su manipulación denota la forma más eficiente de abuso de poder discursivo, ya que abarca el mayor nivel de control sobre los modelos mentales de los receptores y de las representaciones sociales *deseadas* de toda clase de eventos, personas y situaciones.

Para inocular una ideología racista más general, las élites simbólicas necesitan involucrarse en la manipulación ideológica masiva, por ejemplo en discursos y campañas políticas repetidas, historias en los medios, lecciones en los libros de texto, etc.: esto es exactamente lo que ocurre. Las ideologías fundamentales de nuestra sociedad están basadas en prácticas discursivas difundidas. Si las ideologías hacen parte de los principales intereses de muchas personas, como el feminismo, el pacifismo y el ambientalismo, dichas prácticas discursivas también tendrían que oponerse a discursos mucho más dominantes que propaguen ideologías que no hagan parte de los altos intereses de la mayoría de las personas sino que hagan parte de los intereses de algunas de las élites de poder tal como ocurre con el sexismo, el militarismo, el racismo o el neoliberalismo (Van Dijk, 2004: 16).

5. A modo de conclusión

De los enunciados y proposiciones desarrollados anteriormente, se pueden colegir varios aspectos que merecen la pena de resaltar:

El populismo como fenómeno ha sido uno de los aspectos más estudiados por los politólogos, lingüistas y sociólogos latinoamericanos, hasta el punto de generar una polisemia en torno al fenómeno político, que ha generado una crisis conceptual y epistemológica en el campo de trabajo.

Hay un consenso expreso dentro del cuerpo de investigadores de involucrar tres variables importantes para el estudio: a) la presencia de una crisis y cambio social como generadora de la situación populista; b) la movilización y la constitución de sujetos colectivos (masa) como aspecto fundamental de la situación; c) la generación de un liderazgo autoritario y la construcción discursiva como ámbitos de mediación y concreción del fenómeno populista.

Estas tres variables están interconectadas en la medida que son interdependientes entre sí: la movilización no es posible sin la situación de crisis, lo cual tampoco se explica sin el liderazgo y a su vez si no hay la mediación discursiva. La relación es consecencial, que se inicia con los momentos de crisis y cambio social.

Esta última idea de la crisis y cambio social, tiene como referencia una situación netamente coyuntural, más no estructural. Desde este punto de vista, el populismo opera en momentos críticos de ruptura, pero una vez desarrollado el fenómeno se vuelve al statu quo. Lo cual quiere decir, que su efecto es mediar las contradicciones existentes y generar un proyecto integrador en torno a ellas, para luego restablecer las situaciones de equilibrio. En síntesis, el populismo no amenaza la integralidad del sistema y no genera el tipo de transiciones que plantea Wallerstein, por el contrario, el populismo fortalece el sistema en sus momentos críticos y en este sentido lo protege de sus amenazas marginales.

En el siglo XXI, tal como lo piensan los neopopulistas, la proliferación de problemas socioeconómicos, tales como la crisis económica mundial, la desintegración social producto de la sociedad de consumo, el individualismo, el deterioro de las formas organizativas formales y representativas, así como el mayor poderío de los *mass media* con el mayor posicionamiento e influencia de la denominada videosfera, llevan a pensar en la proliferación de los populismos que busquen a través de la personalización del poder y el control del Estado, reforzar la sobrevivencia del sistema capitalista frente a sus amenazas. Luego el discurso mediatizador, controlador, formador de ideologías y de mentes, tendrá cada vez más relevancia en los tiempos venideros. Es simplemente una hipótesis, pero se constituye en un desarrollo sobre el que se enfoca la nueva generación de investigadores del populismo, que bien vale la pena realizar.

Bibliografía

ADELMAN, Jeremy. «Reflections on Argentine Labour and the Rise of Peron». En *Bulletin of Latin American Research*, vol. 11, N° 3, September 1992.

BRITTO, Luis. *La máscara del poder*. Caracas, Alfadil / Trópicos, 1998.

- CARDOSO, Fernando H. y ENZO FALETTO. *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*. México, Siglo XXI, 1969.
- CONNIFF, Michael L. (ed.). *Latin American Populism in Comparative Perspective*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982.
- COUFFIGNAL, George y Daniel VAN EUWEN. «Venezuela: ¿nacimiento de un nuevo régimen o retorno al populismo de antaño?». En *América Latina. El inicio del nuevo milenio*. Universidad Nacional de Tres de Febrero, 1992.
- DE LA TORRE, Carlos: «The Ambiguous Meanings of Latin American Populisms». En *Social Research*, vol. 59, ND2, Summer 1992.
- DI TELLA, Torcuato. *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México, Era, 1977 (1ª ed.: 1973).
- DORNBUSCH, Rudiger, y Sebastian EDWARDS (comps.). *Macroeconomía del populismo en la América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 121-162.
- DRAKE, Paul W. «Conclusion: Requiem for Populism?». En Michael L. CONNIFF (ed.). *Latin American Populism in Comparative Perspective*. Albuquerque, University of New México Press, 1982.
- FRENCH, John D. *The Brazilian Workers's ABC. Class Conflict and Alliances in Modern Sao Paulo*. Chapel Hill & London, The University of North Carolina Press, 1992.
- GERMANI, Gino. *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires, Paidós, 1962.
- (1973). «Democracia representativa y clases populares». En O. Ianni (ed.), *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México, Era, 1977.
- IANNI, Octavio (1973). «Populismo y relaciones de clase». En O. Ianni (ed.), *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México, Era, 1977. (Publicado originariamente en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, N° 67. México, enero-marzo de 1972).
- IONESCU, Ghita, y Ernest GELLNER (comps.). *Populismo: sus significados y características nacionales*. Buenos Aires, Amorrortu, 1970 (*Populism: Its Meanings and National Characteristics*. Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1969).
- IPOLA, Emilio de, y Juan Carlos POITANTIERO. «Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes». En Carlos Vilas (comp.). *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- JAMES, Daniel (1988). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- KAUFMAN, Robert & Barbara STALLINGS. «The Political Economy of Latin American Populism». En *The Macroeconomics of Populism*. National Bureau of Economic Research, 1991.

- KRAUZE, Enrique. «Decálogo del populismo iberoamericano». En periódico *El País* (España), 14-10-2005. Disponible en: http://www.centropolitico.org/centro_digital/articulos/2006/enero/decalogo_populismo.html.
- LACLAU, Ernesto (1977). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Siglo XXI, 1986.
- . *La razón populista*. México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- MACKINNON, Maria Moira y Mario PETRONE (comps.). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Buenos Aires, Eudeba, reimp. 1999, p. 21-25.
- MAYORGA, René. *Outsiders and Neopopulism. The Road to Plebiscitarian Authoritarianism*. Conference: «The Crisis of Democratic Representation in the Andes». Kellogg Institute for International Affairs, University of Notre Dame, 1992.
- MOUZELIS, Nicos: «On the Concept of Populism: Populist and Clientelist Modes of Incorporation in Semiperipheral Polities». En *Politics and Society*, vol. 14, N23, 1985, p. 329. (Este artículo está traducido en Carlos Vilas (comp.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995).
- TAGUIEFF, Pierre-André: «Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real». En *Populismo posmoderno*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.
- TORRE, Juan Carlos, y Silvia SIGAL. «Sindicatos y trabajadores en la coyuntura populista». En Carlos Vilas (comp.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- TORRE, Juan Carlos: *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del populismo*. Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- URRUTIA, Miguel. «On the Absence of Economic Populism In Colombia». En Dornbusch, Rodiger y Sebastian Edwards. *The Macroeconomics of Populism*. University of Chicago Press, 1991.
- VAN DIJK, Teun. «Análisis del discurso ideológico». En *Versión 6*, México, UAM-X, 1996, pp. 15-43. Artículo original: «Ideological discourse analysis». *New Courant* (English Dept., University of Helsinki), 4 (1995), 135-161. Special issue: Eija Ventola & Anna Solin (eds.), *Interdisciplinary approaches to Discourse Analysis*. Disponible en: <http://www.discursos.org/oldarticles/An%20del%20discurso%20ideol%F3gico.pdf>.
- . «Discurso y dominación». En *Grandes Conferencias en la Facultad de Ciencias Humanas*, N° 4, Febrero de 2004, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas. Disponible en: <http://www.discursos.org/oldarticles/Discurso%20y%20dominaci%F3n.pdf>.

- . «Análisis crítico del discurso». En *Anthropos*, 186, septiembre-octubre de 1999, pp. 23-36. Barcelona. Artículo original: «Critical Discourse Analysis». En D. Tannen, D. Schiffrin & H. Hamilton (eds.), *Handbook of Discourse Analysis*, pp. 352-371. Oxford, Blackwell, 2001. <http://www.discursos.org/oldarticles/El%20an%20del%20cr%20del%20discurso.pdf>.
- VILAS, Carlos: «Entre la democracia y el neoliberalismo: los caudillos electorales de la posmodernidad». En *Socialismo y Participación*, 69. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- (comp.). *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- . «El populismo latinoamericano: un enfoque estructural». En *Desarrollo Económico*, vol. 28, N° 111, octubre-diciembre de 1988.
- WEFFORT, Francisco. «Clases populares y desarrollo social. Contribución al estudio del “populismo”». En *Revista Paraguaya de Sociología*, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, año 5, N° 13, diciembre de 1968.
- . «El populismo en la política brasileña». En *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Buenos Aires, Eudeba, reimp. 1999.
- . «Los sindicatos en la política. Brasil 1955-1964». En *Temas de economía laboral. Movimiento obrero, sindicatos y poder en América Latina*. Buenos Aires, Centro de Estudios e Investigaciones Laborales del CONICET (CEIL), El Coloquio, 1974.
- WEYLAND, Kurt. «Neo-populism and Neo-liberalism in Latin America: Unexpected Affinities». En *Studies in Comparative International Development*, 31, Fall, pp. 3-31, 1996.
- WORSLEY, Peter. «El concepto de populismo». En G. Ionescu y E. Gellner (comps.). *Populismo: sus significados y características nacionales*. Buenos Aires, Amorrortu, 1970.
- ZERMEÑO, Sergio. «El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden». En *Revista Mexicana de Sociología*, octubre-diciembre de 1989.